

Nuestra Bandera

REVISTA DE EDUCACION IDEOLOGICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

EDITORIAL

LA CRISIS DEL REGIMEN FRANQUISTA

ANTONIO MIJE

EL PROGRAMA AGRARIO DEL PARTIDO
COMUNISTA EN LA REVOLUCION DE-
MOCRATICA

FERNANDO CLAUDIN

EL DIRIGENTE DEL PUEBLO

VICTOR VELASCO

EL IMPERIALISMO YANQUI, ENEMIGO
JURADO DE LA DEMOCRACIA, DE LA
PAZ Y DE LA INDEPENDENCIA DE ES-
PANA

LOS PUEBLOS DECIDIRAN EL DESTINO DE LA PAZ Y
DE LA CIVILIZACION

DECLARACIONES DE LOS GOBIERNOS DE LA UNION
DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS Y DE LA
REPUBLICA POPULAR FEDERATIVA DE YUGOSLAVIA.

N° 14

Precio : 3 pesetas

MINISTERIO
DE CULTURA



LA CRISIS DEL RÉGIMEN FRANQUISTA

En el informe del Comité Central al V Congreso, la camarada Dolores Ibárruri afirmaba que «... Todo exige un cambio en España, todo está en crisis. La economía, la política, la moral, el arte, la literatura, la ciencia, la agricultura, la industria y el comercio. Y estos cambios exigidos por la necesidad de existir, de pervivir, de la sociedad española no pueden evitarse, ni convirtiendo a España en un campamento militar yanqui, ni redoblando la explotación de las masas y el terror... »

Los acontecimientos que se han producido en estos últimos meses han venido a confirmar como justos estos planteamientos y soluciones elaborados por el V Congreso del Partido.

La crisis política que corroe al régimen franquista es tan evidente que ya aparece de manera abierta. Se profundizan las contradicciones en el seno de las clases dominantes; la lucha de clases se agudiza y se amplía la oposición popular y nacional al franquismo.

En el campo de la economía los factores de crisis se acentúan en las ramas de producción de artículos de amplio consumo mientras se extiende la deformación de la economía por la militarización impuesta a las ramas fundamentales como consecuencia del pacto yanquifranquista.

Se ahonda el abismo que separa la miseria de las masas trabajadoras y la ruina de millares de campesinos, industriales y comerciantes de los fabulosos beneficios que obtienen la oligarquía financiera y los grandes terratenientes.

El ambiente se carga de materia explosiva y el espíritu de protesta se propaga y adquiere vuelos extraordinarios en las fábricas y talleres, en universidades; este espíritu de protesta se manifiesta en las reuniones de los sindicatos verticales, de las hermandades de labradores y ganaderos, en las Cámaras de Comercio, en centros universitarios, etc., etc.

Existe una inconformidad generalizada, que adquiere contornos políticos muy claros entre las juventudes universitarias y principal-

mente entre la clase obrera en las fábricas del país vasco y Cataluña. Y en el campo va en aumento, expresándose con tono de agudo descontento contra la política de intervenciones e incautaciones contra los descomunales impuestos y contribuciones, arbitrios y gabelas de todo género que asfixian a las masas campesinas, contra el hambre canina que sufren millones de obreros agrícolas sin trabajo, que en condiciones penosísimas emigran de la tierra que les vio nacer a diversas zonas industriales del país en busca de un pedazo de pan.

Cierran por centenares las fábricas de calzado mientras los trabajadores van mal calzados y decenas de miles de niños andan descalzos.

Cierran total o parcialmente centenares de fábricas textiles mientras millones de españoles están mal vestidos, muchos de ellos llenos de harapos y centenares de miles no saben lo que es comprarse un traje o un vestido desde hace varios años.

Se restringe el cultivo de la remolacha azucarera y se cierran fábricas de azúcar cuando el consumo por habitante es el más bajo de todos los países de Europa y, según expresión de la propia prensa franquista, es equivalente al de una « colonia africana ».

Una buena cosecha de naranja aterra a los cultivadores levantinos porque no saben dónde colocarla, mientras millones de españoles no comen naranja.

El hambre del pueblo es enorme mientras los franquistas tiran centenares de miles de canastas de tomates canarios al mar, tiran hortalizas y verduras, dejan pudrir las patatas en la tierra, todo antes que venderla a precios más asequibles al poder adquisitivo de los salarios y sueldos de los trabajadores y empleados.

La inmensa mayoría de los españoles se quejan de la falta de libertad, del sojuzgamiento brutal impuesto por el franquismo a toda manifestación del pensamiento que no esté supeditada a la política fascista del régimen.

Hay un forcejeo extraordinario de las masas trabajadoras, de los campesinos, de los intelectuales y de otros sectores del campo de la burguesía, los cuales, poco a poco, van rompiendo la mordaza, no se callan, no se resignan, y la crítica a la política del franquismo se manifiesta por todas partes en forma mordaz, hiriente, revistiéndose una hostilidad como nunca se había conocido desde 1939.

En el marco de esta situación, tan cargada de amenazas para la dictadura fascista del general Franco, las fuerzas reaccionarias tradicionales levantan la cabeza y se preparan con vista a la restauración de la monarquía. Lo ocurrido en las « elecciones » municipales de noviembre último en Madrid fué muy característico para demostrar no sólo la ruptura abierta del « Movimiento », sino la evidente intención de los monárquicos de acelerar el proceso que

conduzca a la restauración. Una pedrea de propaganda siguió a aquellas « elecciones », en la que apareció públicamente la debilidad del régimen, el enfrentamiento entre falangistas y monárquicos y la descomposición del « Movimiento ».

Y ni las declaraciones de Franco en « Arriba », ni el discurso de Fernández Cuesta en Bilbao, ni la interviú del pretendiente Don Juan en « ABC », podrán soldar lo que ya no tiene soldadura, es decir las brechas y grietas que se le han abierto al bloque de las fuerzas reaccionarias que sostienen en el poder a la dictadura fascista de la oligarquía financiera y los grandes terratenientes encabezada por Franco.

Una situación como ésta no puede explicarse por las manifestaciones externas de las contradicciones que se producen y adquieren estado público entre las fuerzas monárquicas y los falangistas. Que existen contradicciones entre las fuerzas que componen el bloque franquista es evidente. Pero el factor esencial y determinante es la actitud política del pueblo, el cual repite y lo hace cada vez en voz más alta **que así no se puede seguir.**

El pueblo manifiesta su descontento por todas partes y no oculta sus deseos de que esta situación cambie. Y esto no sólo preocupa sino que atemoriza a las fuerzas reaccionarias tradicionales. Temen que la agravación continua de la situación provoque el estallido popular y ponga en grave peligro no sólo la existencia del régimen franquista sino sus privilegios de clase, su dominación de clase. Por eso vemos que unas veces el Duque de Maura, otras Calvo Sotelo exponen sus inquietudes pensando en la perspectiva de que antes de que se produzca algún cambio por arriba, las masas del pueblo, millones de españoles unidos impongan un cambio más radical y entonces no sea la restauración de la monarquía el sustituto al régimen franquista, sino el restablecimiento de la República democrática. Y esto lo quieren evitar a todo trance.

La Falange cada día más aislada y odiada por el pueblo intenta hacerse fuerte utilizando el aparato de la organización corporativa, especialmente el de los sindicatos verticales. Pero también por encima de este aparato sienten el acoso desde todos los ángulos, de parte de los obreros y de los patronos ; los obreros que no cesan de reclamar satisfacción a sus reivindicaciones ; y de parte de los patronos que resisten a concentrarse en los sindicatos verticales.

A través de mil ejemplos se conoce cómo la clase obrera no cesa de reclamar satisfacción a sus reivindicaciones inmediatas en el seno de los sindicatos verticales. Para señalar un ejemplo concreto ahí están los resultados de los llamados congresos regionales de trabajadores. Los jerarcas falangistas que convocaron estos congresos tuvieron mucho cuidado en impedir que en ellos estuvieran re-

presentados los trabajadores a través de sus delegados libremente elegidos. De hecho los congresos han estado integrados por los delegados designados por los jerarcas falangistas. Sin embargo en esos congresos han tenido una plaza importante las reivindicaciones que vienen reclamando con insistencia los trabajadores por todo el país : **salario mínimo vital con escala móvil, a trabajo igual, salario igual para las mujeres, seguros sociales para los obreros agrícolas, medidas urgentes contra el paro obrero en el campo y otras.**

En esos congresos regionales de trabajadores han presionado con gran fuerza las apremiantes necesidades de la clase obrera, de las masas de obreros agrícolas. Todos los intentos falangistas para que no se hablara más que sobre « la empresa », la « productividad » no han podido desviar la atención de los trabajadores que se mantienen en guardia y reclaman que sean atendidas sus reivindicaciones fundamentales inmediatas de orden económico.

Muchos esfuerzos han venido haciendo los jerarcas falangistas, esfuerzos que no cesan de realizar, para adormecer el espíritu de clase y el sentimiento revolucionario en los obreros. Pero el espíritu de clase en los obreros se manifiesta con fuerza creciente, no ha podido ser adormecido y menos han logrado que las ideas de conciliación de clase arraiguen en la conciencia de la clase obrera. Este renacer de la conciencia de clase y de la combatividad de los obreros se manifiesta en las fábricas y talleres, en todos los lugares de trabajo en conflictos parciales que los van entrenando para luchas de mayor volumen y amplitud no sólo por sus reivindicaciones sino por sus libertades democráticas.

Por su parte la gran burguesía en pugna con esa sindicación obligatoria impuesta por el régimen mantiene en muchos lugares sus propias organizaciones de clase y va dando vida a otras nuevas. Las Sociedades Económicas de Amigos del país empiezan a levantar cabeza. En Cataluña existen los denominados Institutos Textiles que son organizaciones patronales. También se reconstituye el Instituto Agrícola de San Isidro. En Valencia se reclama ya la constitución de la « Sociedad Valenciana de Agricultura ». Los altos jerarcas de la Iglesia, con el nombre de Pío XII han creado una asociación de grandes propietarios agrícolas que comprende los de Sevilla, Cádiz, Jaén, Ciudad Real y Valladolid. Importantes sectores de la burguesía gallega; a través de la Cámara de Comercio de La Coruña, han propuesto la creación del Instituto Gallego para el fomento de la economía, el cual según « El Ideal Gallego » sería un organismo « ... autónomo, sin más cortapisas que las que pudieran nacer en su propio seno... »

Esa « unidad sindical » en la que están mezclados los obreros con los capitalistas tan jaleada por los franquistas es un mito más de su propaganda, por cuanto los antagonismos de clase existen,

lucha de clases existe y se manifiesta y esto no se puede borrar con la palabrería demagógica y absurda de los jefes falangistas ni con el terror franquista.

Por eso el estallido de la organización corporativa creada por el régimen franquista tiene que producirse como una consecuencia lógica de la lucha de clases y del desarrollo de la conciencia política de la clase obrera que le lleva a la lucha por sus organizaciones independientes para conquistar el pan, la libertad y la democracia.

Abundando con ejemplos que evidencian claramente la descomposición del « Movimiento » ahí está el incremento de « Acción Católica », como organización de masas independiente. Recientemente « Ya » publicaba la información de que en « Acción Católica » hay centenares de miles de afiliados, informando que esta organización se orienta a intervenir no sólo en cuanto les afecta más directamente en relación con el culto, sino en todas las manifestaciones de la vida política, cultural y social del país.

« Acción Católica » aparece ya como una fuerza política con carácter independiente del « Movimiento » organizada, que actúa en todo el país, cubierta con el manto religioso, en defensa de los intereses de la reacción y contra las ideas y las fuerzas de la democracia española.

LAS CONSECUENCIAS DESASTROSAS DEL PACTO YANQUIFRANQUISTA

En la agudización de la crisis del franquismo y en la agravación de la situación económica del país, vienen influyendo notablemente las consecuencias desastrosas del pacto yanquifranquista.

Se han confirmado plenamente las previsiones señaladas por el Comité Central de nuestro Partido en su manifiesto del primero de octubre de 1953. Previsiones que han sido reafirmadas por el V Congreso. En el informe del Comité Central, la camarada Dolores Ibárruri planteó «... que el pacto yanquifranquista no sólo no salvará al régimen sino que llevará a una agudización de la crisis económica y con ello a una más rápida descomposición del régimen franquista, empujando a nuevas capas sociales a la oposición y a la lucha contra el franquismo... »

Cuando preparaba la vil entrega de España a los imperialistas yanquis, la camarilla franquista llegaba al colmo de la desvergüenza presentando la « ayuda » norteamericana como la panacea para la solución a los problemas ingentes que en el terreno económico tiene planteado el país. Pero la dura y descarnada realidad ha pulverizado aquella propaganda mendaz, la cual no tenía otro obje-

tivo que el de engañar a los españoles. Y ahora vemos cómo los diti-rambos a la « ayuda » norteamericana han desaparecido para dar paso a amargas confesiones según las cuales la « ayuda » norteamericana no se ha dejado sentir en una mejoría notable a la catastrófica situación a que los franquistas han llevado a España en el orden económico, financiero, comercial y en el comercio exterior.

El falangista Giménez Arnau, director de ese organismo de su-misión pomposamente denominado de cooperación económica con los Estados Unidos, pronunciaba meses atrás un discurso en Barcelona en el cual se quejaba de la insignificancia de los dólares atribuidos a España, a pesar del « anticomunismo » tan comprobado del régimen.

En el mismo sentido se expresaba Areilza, embajador de Franco en Washington, ante los periodistas norteamericanos.

Más recientemente Arburúa, en un discurso pronunciado en la Cámara Americana de Comercio, en Barcelona, en tono plañidero pedía más dólares al gobierno de Washington. Añadiendo que si no recibían más ayuda norteamericana, había el peligro de que fracasaran las cláusulas económicas del pacto yanquifranquista. Es significativo que un lacayo tan servil de los banqueros norteamericanos como Arburúa, se considera en la obligación de advertir, en presencia del Embajador yanqui en España, que pueden fracasar las cláusulas económicas del pacto. Que puede haber algo de chantaje en las manifestaciones de Arburúa para sacar más dólares a los yanquis, es posible. Pero lo que no ofrece dudas es de que el desengaño que ha producido a círculos industriales, comerciales y agrarios esa « ayuda » norteamericana obliga a la camarilla franquista a expresarse en tonos no ya diferentes sino contrarios a los empleados en su propaganda cuando preparaban la gran traición cometida con España al firmar el pacto.

Todo el mundo va dándose cuenta en el país de que la famosa « ayuda » norteamericana, además de enajenar la soberanía nacional, es una tremenda estafa que está costando a España su substancia vital y crea una situación económica insostenible.

Fué nuestro Partido el que no sólo denunció el contenido antinacional del pacto yanquifranquista sino que alertó a los españoles acerca de las consecuencias desastrosas que habría de tener para la economía del país y sus repercusiones sobre las condiciones de vida de los trabajadores y del pueblo en general.

Denunciamos que el pacto habría de provocar la inflación y ahí está claramente descrita en el aumento de la circulación fiduciaria en 1954 en más de 4.000 millones de pesetas, cuando en 1953 aumentó solamente en 264 millones; la deuda pública ha aumentado en 1954 en más de 10.000 millones de pesetas destinadas a obras militares, en su mayor parte. El pacto yanquifranquista ha signifi-

cado un aumento brutal de los gastos del Estado y por consiguiente mayores impuestos y contribuciones y elevación del coste de la vida. Sólo en 1954 los impuestos y contribuciones han aumentado en más de 3.000 millones de pesetas que han sido extraídos de los bolsillos de los contribuyentes españoles. El coste de la vida, según reconoce la prensa franquista se ha elevado en más de un 26 %.

La importación libre de impuestos de productos americanos ha acarreado la ruina de muchas industrias españolas incapaces de resistir la competencia y ha provocado el cierre de muchas empresas. Únicamente tienen algún desarrollo las ramas industriales que trabajan para la guerra. En el informe del Comité Central al V Congreso del Partido, la camarada Dolores Ibárruri ha formulado que «... El gobierno franquista, sometiendo la economía española a la oligarquía financiera monopolista y colocándola en dependencia de los Estados Unidos atenta contra los intereses de ciertos grupos industriales, mercantiles y agrarios, a quienes frenan en su desarrollo, los cuales es lógico pensar no se resignarán y lucharán por impedir la bancarrota adonde les empuja la política franquista y por acelerar los cambios políticos que exigen la defensa de sus intereses ».

Y la justeza de esta previsión es innegable y salta a la vista. En todos los sectores económicos se ha levantado y se extiende una oleada de protestas contra las importaciones norteamericanas y contra su creciente dominación en ramas importantes de la economía del país. Protestan las empresas siderúrgicas; protestan los industriales del textil, obligados a comprar algodón norteamericano a doble precio y para quienes se cierran los mercados que antes adquirirían textiles a cambio de vender algodón; protestan los industriales del carbón, a quienes el fuel-oil y el carbón norteamericanos les reduce sus posibilidades de venta y les lleva a tener almacenados miles de toneladas en las bocaminas; protestan las empresas constructoras a quienes se imponen condiciones leoninas en la adjudicación de las obras, condiciones que no pueden llenar; protestan los ganaderos contra la importación de leche en polvo y ganado norteamericano; protestan los cerealistas, los productores de algodón, los cultivadores de remolacha que ven caer los precios de los productos agrícolas y la ruina que les amenaza como consecuencia de las imposiciones norteamericanas.

Podemos afirmar que son muy pocos los grupos capitalistas o agrarios que de una y otra forma no hayan manifestado su protesta contra las consecuencias económicas tan funestas para sus intereses del pacto yanquifranquista.

En ninguno de los países de Europa ligados por sus clases gobernantes al carro de guerra del imperialismo yanqui existe un sentimiento antinorteamericano tan generalizado como el que se nota en

nuestro país. Infinidad de españoles hablan contra los norteamericanos con las mismas palabras y emplean las formulaciones del Partido.

LA TENSION INTERNACIONAL VA DISMINUYENDO

Una serie de factores internacionales de estos últimos meses, adversos a los planes de los imperialistas promotores de una nueva guerra mundial, están golpeando a la crisis del régimen franquista y contribuyen a profundizarla.

Los cambios que se han producido en la relación de fuerzas en la arena internacional, influyen poderosamente en la conciencia y en la voluntad de los pueblos para incrementar la lucha y la movilización contra los planes de agresión de los imperialistas. Son cambios de trascendencia extraordinaria que favorecen enormemente la lucha por el mantenimiento de la paz y ensanchan las perspectivas de los pueblos para que audazmente tomen en sus manos la causa de la paz y la defiendan hasta el fin.

Entre los acontecimientos internacionales de suma trascendencia acaecidos recientemente hay que destacar la Conferencia de Bandung. Por primera vez en la historia, los representantes de los pueblos de Asia y de Africa, que comprenden más de la mitad de la población de la tierra, han llegado a un acuerdo sobre bases políticas, entre las que destacan : **el respeto a la soberanía y a la integridad de todas las naciones ; el reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de todas las naciones grandes y pequeñas; la abstención de toda ingerencia en los asuntos interiores de otros países; el arreglo de todas las diferencias internacionales por medios pacíficos, como la negociación, la conciliación, el arbitraje, etc.**

Esta Conferencia ha constituido un paso extraordinario en la lucha contra la política de saqueo, avasallamiento y de guerra de los imperialistas. Ha sido un mazazo a los propósitos criminales declarados por el gobierno de Washington de armar a unos asiáticos para que se maten en la guerra contra otros asiáticos, en beneficio de los imperialistas yanquis.

La firma del tratado de paz con Austria y las conversaciones y acuerdos soviético-yugoeslavos, son dos jalones que marcan con resplandeciente elocuencia la consecuente y firme política de paz de la Unión Soviética, encaminada a asegurar la coexistencia pacífica durante un largo período, a disminuir la tensión internacional, al mantenimiento de la paz.

La invitación del gobierno soviético al gobierno federal de Bonn

para que envíe al Canciller Adenauer a Moscú con el objeto de examinar el establecimiento de relaciones normales entre la Unión Soviética y Alemania occidental, así como las negociaciones soviético-japonesas para la conclusión de un tratado de paz son otras manifestaciones evidentes orientadas al arreglo pacífico de otros tantos problemas aún no resueltos en el mundo.

Las conversaciones soviético-hindúes en Moscú han venido a reforzar los lazos de amistad y cooperación entre los dos grandes países y a fortalecer la causa de la paz y la seguridad entre los pueblos.

Y en este clima sintomático de disminución de la tensión internacional, fué convocada y ha tenido lugar la Conferencia de los jefes de gobierno de la Unión Soviética, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Conferencia que ha constituido un importante paso en el estudio de los grandes problemas de la paz y la coexistencia pacífica, en la confrontación de opiniones y de planes para el establecimiento de un pacto de seguridad europea, en el camino del desarme, de la unificación de Alemania sobre bases pacíficas y democráticas y para la ampliación de las relaciones económicas y culturales entre los países.

Este cuadro del mejoramiento que se opera en la situación mundial, no debe hacernos perder de vista que los círculos agresivos del imperialismo no descansan en sus propósitos criminales de prender fuego al mundo. La provocación criminal de los imperialistas yanquis contra la República Popular China, la intervención de estos imperialistas en Formosa, la firma de los acuerdos de París y el rearme de los militaristas alemanes, así lo confirman.

Pero los esfuerzos y la lucha incansable de los pueblos en defensa de la paz, lucha encabezada por la Unión Soviética contrastan con éxito los planes agresivos de los imperialistas.

Los acontecimientos citados en la arena internacional tienen repercusiones sensibles en nuestro país y contribuyen al debilitamiento del franquismo.

Todo golpe a los planes agresivos del imperialismo, es, al mismo tiempo, un golpe contra el régimen de Franco. Franco es un provocador de guerra. Recientemente en unas declaraciones a la prensa norteamericana, ha hecho gala de su condición de mercenario al servicio de los círculos agresivos de los Estados Unidos de América.

La lucha mundial por la paz, los progresos que se vienen realizando en la disminución de la tensión internacional, son factores que estimulan y ayudan a nuestro pueblo en el combate por el rescate de la independencia nacional y por impedir que nuestra patria sea convertida en un polígono de bombas atómicas; le ayudan y estimulan y robustecen su fe en la lucha por el restablecimiento de un régimen democrático en España.

EL PARTIDO EN LA LUCHA POR LA CREACION DEL FRENTE NACIONAL ANTIFRANQUISTA

En esta situación el Partido se esfuerza por explicar a las masas el carácter de la lucha que hay entablada, por darles confianza en sus propias fuerzas, por unir las y agrupar las para la acción. Sólo el Partido señala al pueblo una perspectiva clara y una salida justa.

!No hay duda de que si en esta labor política de orientación y movilización de las masas participaran los partidos republicanos y nacionalistas, el partido socialista, las organizaciones sindicales, es decir todas las fuerzas que unidas defendieron la República, el pueblo comprendería más de prisa, se sentiría más fortalecido, desaparecerían muchas vacilaciones que actualmente maniatan a sectores importantes que aún no participan activamente en la acción antifranquista por falta de unidad.

De ahí la importancia que tiene en estos momentos la realización de un amplio trabajo de masas y la lucha consecuente e infatigable por la unidad, aprendiendo a utilizar todas las posibilidades concretas, por abajo y por arriba.

En consonancia con esta situación el Partido viene luchando por la creación de un Frente Nacional Antifranquista para lo cual ha propuesto una plataforma concreta que puede servir de base a este Frente Nacional.

En el V Congreso, la camarada Dolores, basándose en esta situación, ha planteado que «... la lucha de las masas populares contra la dictadura fascista del general Franco, cobra un nuevo aspecto, adquiere un nuevo contenido, desborda los marcos de la lucha entre las fuerzas democráticas y el régimen fascista, para convertirse en la lucha de todo el pueblo ; en una lucha nacional de todas las fuerzas interesadas en la independencia de España, en la pervivencia de España como país independiente y soberano y contra la política de guerra del franquismo, contra la transformación de España en un polígono de bombas atómicas, en un inmenso osario ».

La plataforma de Frente Nacional Antifranquista presentada por el Partido Comunista responde a esta necesidad suprema de la hora presente, porque sin rescatar la independencia nacional y devolver la libertad a los españoles no hay que pensar en que puedan entrar en vías de solución los grandes problemas a que tiene que hacerle frente la democracia española.

Las condiciones para crear el Frente Nacional Antifranquista están siendo facilitadas por la amplitud de los intereses que son dañados y perjudicados por la política del régimen franquista. Acabar con esta situación es un anhelo de millones de españoles de diferentes clases y convicciones políticas y religiosas.

Pero como la experiencia histórica demuestra y nos enseña el marxismo-leninismo, no es suficiente el hecho de que exista un ambiente protestatario de las dimensiones del que se conoce en el país. Hace falta crear la fuerza capaz de elevar la protesta de todos los descontentos del régimen, la fuerza decisiva para cambiar la situación. Esta fuerza existe pero está desunida. Esa es la gran debilidad de la oposición antifranquista. En esa debilidad se apoya el franquismo para prolongar su dominación.

El V Congreso de nuestro Partido ha demostrado claramente quienes pueden integrar esa poderosa fuerza que se agrupe en el Frente Nacional Antifranquista y lleve a cabo la lucha por el derrocamiento del franquismo : son los obreros, los campesinos, los intelectuales, los empleados y funcionarios, los pequeños comerciantes e industriales, los sectores de la burguesía no monopolista.

Estas fuerzas pueden coincidir en el objetivo común de derribar el régimen franquista, reconquistar la independencia nacional y devolver la libertad a los españoles. Luego, previa consulta libremente desarrollada los españoles dirán cuál es el régimen que debe instaurarse en el país.

Los comunistas pensamos que éste es el camino más corto, menos doloroso y más democrático..

Las fuerzas reaccionarias tradicionales, ven la necesidad de introducir algunos cambios en la situación, porque también ellas sienten que así no se puede seguir y que algo se debe modificar en la situación, y trabajan por realizar simples cambios de fachada, por arriba, que no modifique en nada la base social del régimen. Así pretenden una vez más escamotear la libertad al pueblo, porque no se les escapa que el pueblo quiere algo más que un simple cambio de fachada.

Ahora bien, los propósitos de las fuerzas reaccionarias, que encaminan sus esfuerzos a la restauración de la monarquía, pueden ser frustrados. Lo pueden ser si, en primer lugar, las fuerzas democráticas establecen su unidad de acción con un programa democrático que se convierta en la bandera de la unión y movilización de todos los antifranquistas, y deciden actuar unidas para impedir que la salida a esta situación sea la restauración de la monarquía impuesta a los españoles.

Por esta razón la responsabilidad del Partido Socialista, de los partidos republicanos y nacionalistas, de la C.N.T. y de la U.G.T. es grande. Es una gran responsabilidad porque si continúan en la actitud política que mantienen, negándose a la unidad con nuestro Partido, si continúan desoyendo los llamamientos y propuestas a la unidad que reiteradamente les venimos haciendo los comunistas, pueden facilitar el que ante la continua agravación de la crisis del régimen franquista las fuerzas reaccionarias con un simple cambio

o retoque en la fachada del régimen logren salir de esta situación y en la práctica se vaya a un franquismo sin Franco, pero que realice la misma política antinacional, con las libertades democráticas soterradas, el pueblo hambriento y los grandes problemas nacionales empeorándose cada día que pasa.

El Partido Comunista defiende con tenacidad la orientación política de que la salida a la grave crisis que atraviesa el franquismo no es la de la prolongación de Franco en el poder o la monarquía. El verdadero dilema está entablado en otro terreno y para todos los antifranquistas ha de ser claro que al franquismo le debe sustituir la democracia. Sólo un régimen democrático puede provocar el resurgimiento nacional haciendo de España un país independiente y soberano. Sólo un régimen democrático terminará con la degradación en que ha sumido el franquismo a nuestro país y lo liberará de la humillante situación en que se encuentra, económicamente explotado y hollado por los ocupantes yanquis.

La democracia será restablecida en España porque ésta es la voluntad de los españoles, pero su restablecimiento será más rápido y el franquismo desaparecerá más pronto, si las fuerzas democráticas nos unimos y con nuestra unidad atraemos a todos los demás antifranquistas. A esta necesidad fundamental responde nuestra línea política y nuestro programa. En esta dirección está proyectada la actividad política perseverante de los comunistas.

La gran tarea que tenemos planteada los partidos y organizaciones de la democracia española es la de unir nuestras fuerzas para transformar en acción y lucha antifranquista el inconmensurable malestar que siente la inmensa mayoría de los españoles.

Hemos de impulsar ese malestar haciendo que prenda en la conciencia de los antifranquistas la idea de que la solución a los graves problemas que les angustian está en la lucha contra el régimen franquista hasta su derrocamiento.

Las luchas parciales de los obreros en las fábricas y talleres, las protestas de los campesinos, las quejas y peticiones de los industriales y comerciantes modestos, la indignación de los intelectuales en forma aislada, particular, o de carácter gremialista, va creando y fomentando el clima de hostilidad que cerca al franquismo.

Estas acciones parciales van alumbrando en la conciencia de muchos que tuvieron confianza en el franquismo y les hacen ver el engaño de que han sido víctimas.

Pero la situación del país y la urgente necesidad del cambio de régimen exigen más, mucho más. Exigen que las luchas y protestas no queden localizadas frente al pequeño patrono o al recaudador de contribuciones, sino que estas luchas se amplíen y adquieran carácter de masas contra el responsable de esta situación, el régimen franquista.

Luchas de esta envergadura hay que prepararlas, el ambiente de malestar y descontento lo permiten, para pasar a un estadio superior y llegar más tarde a las luchas políticas de masas. Las huelgas de la primavera del 51 y especialmente la huelga general de Barcelona, demostraron cómo es posible llevar a cabo grandes acciones de masas contra el régimen.

La situación actual es más grave que en 1951, el malestar de las masas es mayor, la crisis económica más honda, los sentimientos patrióticos de los españoles están heridos por la creciente ocupación yanqui, la juventud intelectual y universitaria no quiere vegetar ante un sombrío porvenir, en el campo está desatada una ola protestataria que puede transformarse en un huracán devastador.

Lo que hace falta es unir en un poderoso frente a todos los descontentos. Unirlos con objetivos claros. Esta unidad multiplicará sus fuerzas, acrecentará la fé en la lucha, abrirá perspectivas de victoria que hoy no tienen muchos, porque no ven claramente cómo salir de esta situación.

En el V Congreso la camarada Dolores decía «... La crisis agudizará todas las contradicciones que exigen objetivamente la liquidación de la dictadura franquista. Plantea la necesidad de esta liquidación con más urgencia y apremio y por tanto hará más evidente la necesidad de la unión de todos los intereses afectados de todas las clases y grupos sociales perjudicados, oprimidos y golpeados por el franquismo, para liquidar a éste y realizar un cambio radical en la orientación política y económica del país... »

Con esta perspectiva clara los comunistas luchamos por conseguir que la crisis del franquismo no se prolongue con paños calientes. Luchamos por que tenga un fin rápido y los españoles gocemos pronto de libertad.

Para conseguirlo, el V Congreso de nuestro Partido ha señalado el mejor camino, haciendo propuestas concretas a todas las fuerzas republicanas para crear el instrumento de unidad que aglutine a todos los antifranquistas. Propugnamos la creación del Frente Nacional para el derrumbamiento del régimen franquista. Hemos propuesto una plataforma para la creación del Frente Nacional Antifranquista como base de discusión y entendimiento con todas las fuerzas republicanas y antifranquistas a fin de facilitar su pronta constitución.

Con ardor, entusiasmo y fe trabajamos y luchamos por impedir que la crisis del franquismo pueda ser aprovechada por la reacción en beneficio de sus intereses y contra la voluntad y los intereses del pueblo.

Trabajamos para preparar a las masas, darles conciencia de sus fuerzas a fin de conseguir la victoria sobre el franquismo, la que tanta sangre y sacrificios viene costando a nuestro pueblo.

EL PROGRAMA AGRARIO DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCION DEMOCRATICA

La línea política trazada por el V Congreso de nuestro Partido establece que para asentar sobre bases sólidas la democracia y llevar adelante el progreso económico de España hay que proceder a la liquidación revolucionaria del gran latifundio y repartir en propiedad la tierra de éstos entre los campesinos pobres que poseen poca tierra o ninguna y entre los obreros agrícolas.

El gran latifundio, que tan decisivamente ha influido en el atraso de nuestro país, imprime un sello bárbaro, de tipo feudal a la propiedad de la tierra y a la explotación de la tierra.

En « El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907 », Lenin destacaba las consecuencias que la liquidación del latifundio en Rusia europea habría de tener en la vida económica del país, en forma que nos sirve de guía concretamente en la situación de España. Lenin escribía : « Y en el momento actual no puede haber ninguna duda de que **tras la desaparición de los latifundios feudales en la Rusia europea** sobrevendrán inevitablemente un enorme ascenso de las fuerzas productivas y una enorme elevación de la técnica y de la cultura ».

El V Congreso de nuestro Partido ha analizado a fondo las consecuencias tan desastrosas que ha tenido y tiene para la economía española y para las condiciones materiales de vida del pueblo trabajador la existencia de los grandes latifundios y las relaciones de propiedad en el campo. Y como una parte inseparable de este análisis, ha formulado en su programa las medidas conducentes a resolver el problema fundamental de la revolución democrática : la realización de radicales transformaciones en el sistema de propiedad y de explotación de la tierra.

La base de estas radicales transformaciones está en la liquidación de los latifundios feudales. Sin la liquidación de los grandes

latifundios no se puede pensar en realizar con éxito y desarrollar progresivamente las otras transformaciones vitales en el orden político, económico, social y cultural, que deben producirse en nuestro país con la revolución democrática.

En nuestro país existen más de un millón de campesinos sin tierra, sometidos a la condición de siervos bajo el yugo de contratos serifeudales de arrendamiento y aparcería.

Hay más de un millón de campesinos pobres que no poseen más que una hectárea de tierra.

Millones de jornaleros agrícolas no tienen trabajo la mayor parte del año, que viven ¡si a eso se le puede llamar vivir! en condiciones infrahumanas, careciendo de pan y de cultura, sin tener dónde emplear su fuerza de trabajo y muchos de ellos alimentándose de hierbas y raíces.

La agricultura es muy pobre en el orden técnico y científico, y la producción agrícola es bajísima. Siendo un país predominantemente agrario, el régimen social de la gran burguesía capitalista y de los grandes terratenientes, ha llevado la agricultura española a un estado de atraso y decadencia que la coloca en uno de los últimos lugares entre la de los países europeos.

Para darse una idea de la monstruosidad que supone el estado actual de la distribución de la tierra, basta citar la estadística, procedente de fuentes franquistas, según la cual 17.013 terratenientes poseen en propiedad más del doble de extensión de tierra que 3.439.399 campesinos pobres.

Y si la concentración de la propiedad de la tierra era una de las características más acusadas del régimen monárquico, bajo la dominación franquista se ha ido acentuando aún más en favor de la clase de los terratenientes, los cuales, por añadidura, son dueños de las más feraces y mejores tierras.

El Partido Comunista, en la línea elaborada en su V Congreso prosigue la gran lucha que viene sosteniendo desde su fundación por la realización de la revolución agraria, con las modificaciones particulares que aconsejan las condiciones concretas de la situación creada por el franquismo.

La línea política del Partido y el programa aprobados en el V Congreso, han sido enriquecidos con las experiencias prácticas valiosísimas de la obra llevada a cabo por el Partido desde el ministerio de Agricultura durante la guerra nacional revolucionaria librada por el pueblo español contra el fascismo y la intervención del fascismo internacional.

Y ha sido enriquecida con la experiencia de las propias masas campesinas durante aquel período, experiencias que fueron una

confirmación rotunda de la teoría científica del marxismo-leninismo sobre la revolución agraria, mientras todos los ensayos de « socializaciones » y colectivizaciones forzosas impuestos por los socialistas trotskizantes y anarquistas sufrieron descalabros estrepitosos. La política agraria defendida y aplicada por el Partido Comunista durante la guerra tuvo aceptación extraordinaria entre las masas campesinas, porque era una política basada en la realidad, basada en el carácter de la guerra que libraba el pueblo; era una política que se ajustaba a las reivindicaciones más sentidas por los campesinos pobres con poca tierra o sin ninguna y de los obreros agrícolas.

¿Por qué las masas campesinas repudiaban los ensayos forzosos de « socialización » y las colectivizaciones impuestas por anarquistas y socialistas trotskizantes? Los repudiaban porque aquellos ensayos no concordaban con sus intereses, pues no pocos campesinos en lugar de recibir un pedazo más de tierra, eran expropiados de su pequeña parcela; los repudiaban porque les impedían comerciar con sus productos y fijar los precios de sus productos, en aras de una « socialización » que no comprendían y que no aceptaban, porque no estaban convencidos.

Como la experiencia de la Unión Soviética nos ha enseñado, el problema de la colectivización en el campo sólo puede llevarse a efecto con éxito mediante la voluntariedad y sin imponérsela a los campesinos pobres, consiguiendo convencer y demostrarles prácticamente a éstos que la colectivización les es beneficiosa.

Desde tiempo inmemorial se viene estudiando el problema de la tierra y se viene hablando y escribiendo de reformas en el campo. Muchos proyectos vieron la luz. No pocos intentos se hicieron a partir de la alta edad media para introducir reformas en el sistema de propiedad de la tierra. Pero lo que destaca en el análisis de aquel período es que la burguesía española nunca acometió con criterio verdaderamente revolucionario, en el período que debió hacerlo, cuando era clase ascendente, la liquidación del sistema feudal de propiedad y de explotación de la tierra.

La burguesía española no destruyó violentamente el sistema feudal de propiedad de la tierra, como lo habían hecho la burguesía inglesa y francesa en su época. No lo hizo ni incluso en el período revolucionario de la guerra de la Independencia, cuando entre los vendepatrias afrancesados se encontraban no pocos señores feudales.

Históricamente, lo que la débil y vacilante burguesía española no hizo como le correspondía, lo inició, con resultados francamente positivos, el Partido del proletariado, el Partido Comunista que ha sido el único Partido, y esto en las difíciles condiciones de una guerra nacional revolucionaria, que ha aplicado fielmente lo que en su programa había venido defendiendo como solución al problema de la tierra.

Para hallar en la historia de España una experiencia real, de contenido revolucionario de reparto de la tierra, como consecuencia de una profunda reforma agraria, no hay otra y corresponde a la historia moderna, que la realizada por el Partido Comunista cuando participó en el Poder y dirigió el ministerio de Agricultura de septiembre de 1936 hasta comienzos de 1939.

Este breve análisis, tiende a afirmar la conclusión de que en las presentes condiciones y en el desarrollo de la lucha social, ya no será la burguesía la que encabezará la liquidación del sistema feudal en las relaciones de propiedad de la tierra y no será, en consecuencia, la burguesía la que acabará con el poder económico y político de los grandes terratenientes.

La revolución democrática que acabará con el gran latifundio y dará la tierra de éstos a los campesinos y obreros agrícolas en propiedad, es inevitable en España. El franquismo ha podido retrasarla, pero no podrá impedir la.

LA REPUBLICA Y EL PROBLEMA DE LA TIERRA

Al explicar y fundamentar nuestra posición política sobre el problema de la revolución agraria, nos parece necesario fijar un poco la atención en lo que fué la obra agraria de la República.

Pocos años de vida tuvo la segunda República. En el primer período, los republicanos burgueses, apoyados por el Partido Socialista y contando con la posición contrarrevolucionaria del anarquismo en este problema, no pasaron de hablar de una reforma agraria. Pero no hicieron la reforma agraria. Por sus concepciones reaccionarias se opusieron en la práctica a que las masas explotadas y oprimidas del campo, sedientas de tierra y hambrientas de pan llevaran a cabo la reforma agraria al estilo **plebeyo**. Emplearon las fuerzas represivas del Estado republicano para proteger las grandes propiedades de los latifundistas.

Es interesante destacar la explicación que sobre la obra agraria de la República en los primeros años, ha dado, en un libro titulado « La Constitución de la democracia española y el problema regional », el conocido jurista y miembro del Partido Socialista, Luis Jiménez de Asúa. Dice así : « La República comprendió que la reforma agraria no sólo era precisa, sino que constituía la espina dorsal del nuevo régimen. Lo comprendió... pero no lo ejecutó. Al advenimiento del Gobierno provisional, no más tarde del 21 de mayo de 1931 — todavía no se habían hecho las elecciones de las Constituyentes — se creó la Comisión encargada de estudiar la reforma

agraria y de proponer la tarea jurídico-económica para realizarla. Desde entonces el propósito se enredó en las mallas de un legalismo que se bautizó con el inexacto nombre de **juridicidad**. En 1933 las Cortes votaron la ley; pero siguió el asunto retrasado por los trámites legalistas. Era en 1936, bajo el mando en el ministerio de Agricultura del Profesor Mariano Ruiz Funes cuando empezó a cumplirse con ritmo de auténtica marcha la reforma agraria ».

El socialista Jiménez de Asúa se queda a mitad del camino en su explicación. La verdad más completa es la de que la reforma agraria empezó a cumplirse después del triunfo del Frente Popular, cuando las masas campesinas y de obreros agrícolas de Andalucía y Extremadura especialmente, intervinieron activamente para darle efectividad a dicha reforma sin esperar a legalismos inoperantes y a la **juridicidad** paralizadora. Fué en el período en que la fuerza del Partido Comunista orientaba a las masas e irrumpía en los campos de España iluminando a los siervos de la gleba por la ruta de su verdadera redención.

Ahora bien, la auténtica reforma agraria, la que dió la tierra a centenares de miles de campesinos con poca o sin tierra y obreros agrícolas fué la realizada cuando un dirigente del Partido Comunista ocupó el ministerio de Agricultura. La importancia y la amplitud de la reforma agraria llevada a cabo por el camarada Uribe en nombre del Partido Comunista, puede medirse en sus dimensiones, hasta entonces desconocidas, por los 5.423.212 hectáreas que les fueron expropiadas a los grandes latifundistas y terratenientes fascistas. 316.787 familias campesinas se beneficiaron de las expropiaciones pasando a poseer una parcela, por término medio, de 15 hectáreas.

Y no sólo les fué entregada la tierra. Los campesinos recibieron una gran ayuda material en dinero, abonos, máquinas y herramientas y en otros productos industriales.

La reforma agraria despertó un gran entusiasmo en las masas campesinas del territorio republicano y puso en tensión las inmensas y nobles energías de centenares de miles de campesinos para intensificar la producción agrícola y abastecer de productos al mentecillo el frente y las poblaciones civiles.

En un discurso pronunciado el 4 de julio de 1937 en Valencia, el camarada Uribe, entonces ministro de Agricultura, decía: « El año pasado, en la zona que hoy está en manos del gobierno, se sembraron 1.098.000 hectáreas de trigo. Este año se han sembrado 1.147.000; 50.000 hectáreas más que el año pasado. Cebada: el año pasado se sembraron 596.000 hectáreas. Este año se han sembrado 640.000; 45.000 hectáreas más que el año último ». Refiriéndose a la cosecha de trigo, el camarada Uribe dió la cifra com-

parada, siempre en el mismo territorio, de 1.580.000 quintales más de trigo y 1.110.000 quintales más de cebada.

Y hay que reconocer que este esfuerzo era realizado por el entusiasmo y el espíritu de sacrificio de los campesinos en una situación muy difícil en la que faltaban brazos en el campo, brazos que se encontraban empuñando las armas en los frentes defendiendo la República y la independencia nacional.

Huellas profundas, de repercusiones inconmensurables en la conciencia de las masas campesinas, que por primera vez en su vida habían tenido la tierra, dejó la reforma agraria iniciada y dirigida por el Partido Comunista.

Aquella experiencia es imborrable. No ha habido terror fascista ni monstruosas campañas difamatorias del franquismo contra nuestro Partido que puedan hacerlas olvidar.

El Partido Comunista había enseñado a las masas campesinas **un camino nuevo** para su redención de la esclavitud, de la miseria, del sometimiento feroz a los grandes terratenientes y caciques. Camino que volverá a andarse, enriquecido con las lecciones de los aciertos y los errores de aquella inolvidable obra revolucionaria porque es una exigencia ineluctable del progreso de España y de la vida material y moral no sólo de las masas campesinas sino de todo el pueblo trabajador.

LA CONTRARREFORMA FRANQUISTA

El franquismo, después del triunfo militar, arrasó todos los beneficios que la República había dado a los campesinos y obreros agrícolas. Una era de terror ensombreció los campos de nuestra patria. Sangre y lágrimas de centenares de miles de campesinos y obreros agrícolas regaron las tierras de España.

De nuevo los latifundistas y terratenientes volvieron a ser dueños y señores de vida y hacienda.

El espíritu inquisitorial de venganza de los señores feudales y de su gobierno fascista lo describía, aunque esa no era su intención, un tal Lamo de Espinosa, subsecretario de Agricultura franquista, cuando en un discurso pronunciado en 1946 llegó a decir : « La contrarreforma fué el más duro de los sarcasmos, la arisca reacción de los propietarios, la burla más cruda que podía hacerse a los campesinos que acababan de recibirlo todo y a los que de pronto se negaba incluso el derecho a alimentar la esperanza de recibir algún día la propiedad de la tierra ».

¿Cuál ha sido la política agraria de la dictadura fascista de Franco? Ha sido una política agraria ferozmente reaccionaria, basada en la defensa de los intereses de las clases explotadoras y en facilitar el aumento de los exorbitantes beneficios de los grandes latifundistas y terratenientes.

Dado que no es posible en los límites de un artículo comentar y poner al desnudo detalladamente el contenido de clase en todos sus aspectos de la política del franquismo en el campo, conviene examinar, aunque sea brevemente, algunos de sus rasgos más destacados en el problema de los arrendamientos, de la colonización, de la concentración parcelaria, impuestos y contribuciones.

El franquismo no sólo desahució a los campesinos de la tierra que les había dado la República y se la devolvió a los grandes propietarios latifundistas y terratenientes fascistas, sino que les impuso draconianas leyes. Una de ellas fué la de arrebatar la tierra a propietarios pequeños y medios por razones políticas, es decir, por haber estado afiliado a un partido republicano o simplemente por el hecho de haber votado a candidatos del Frente Popular. Llevaron a cabo represalias brutales, ejerciendo venganzas inauditas.

En la práctica impusieron el derecho de conquista de un ejército invasor.

Así fueron expropiados muchos campesinos cuyas tierras las habían adquirido con anterioridad al establecimiento de la República.

A los arrendatarios que vivieron en el territorio de la República durante la guerra, el franquismo les abligó a pagar con creces las rentas correspondientes a dicho período.

La legislación agraria del franquismo es tan sangrante que por ejemplo en el decreto-ley sobre arrendamientos de junio de 1940 se concedían tales privilegios a los terratenientes, que éstos podían desahuciar a los arrendatarios tan sólo con invocar el haber sufrido « coacción » durante la República. Y por el decreto-ley de julio de 1942 sobre el pago de las rentas se esquilma escandalosamente a los arrendatarios. Se establece en dicho decreto como base para fijar las rentas el precio del trigo (excepto en los contratos de aparcería). Sólo de 1948 a 1953 las rentas han tenido un aumento del 138 %.

Y últimamente la ley de arrendamientos rústicos del 15 de julio de 1954, que cínicamente la denominan de « arrendamientos protegidos » es un nuevo expolio. Según la prensa franquista esta ley afecta a unos 800.000 arrendatarios que cultivan 1.851.000 hectáreas. Por esta ley a dichos arrendatarios les aumentan la renta en un 10 % anual durante cinco años. Y este aumento es independiente de aquellos otros que durante estos cinco años puedan sufrir las rentas a consecuencia de las variaciones del precio base del tri-

go. Así está demostrado irrefutablemente, el aumento continuo de las rentas no sólo de los cultivadores de trigo, sino de **todos** los arrendatarios, en beneficio de los grandes latifundistas.

Mucho han alardeado los franquistas de su llamada « obra de colonización ». Pero, ¿qué características tiene esa « colonización »? Tiene características típicas de servidumbre por el sistema de explotación de la tierra, por el sistema de pago en especie, por la absoluta dependencia del « colono » de la voluntad del señor, el cual, en este caso, es el Estado franquista.

Un ejemplo bien significativo es el siguiente : Según ha expuesto la prensa franquista, « En una primera época, los colonos desarrollan la explotación del lote bajo el régimen similar a la aparcería, entregando al Instituto Nacional de Colonización un tanto por ciento de los productos que recogen. Este porcentaje está calculado de tal forma que por su cuantía se cubran las cuotas de reintegro del ganado y de la maquinaria, los anticipos a los cultivos y el interés del 3 % de la tierra. Este período primero se llama de « tutela », termina cuando el campesino ha adquirido ya la propiedad de los medios de explotación, a los cinco años, si el colono ha cumplido normalmente sus obligaciones. TIENE POR FINALIDAD PRINCIPAL EL PODER SELECCIONAR A LOS COLONOS. Terminada esta primera época, el colono procede a la amortización del valor de la tierra con un 3 % de interés, en 25 o 30 años, y al reintegro de las mejoras. Al mismo tiempo, y en un plazo de 40 años, el colono va reintegrando la vivienda, las dependencias agrarias y ganaderas ».

Así, como puede observarse por la descripción que antecede, el Instituto de Colonización franquista impone al colono unas condiciones en las que durante su vida está sujeto a pagar una parte importante de su cosecha, como amortización de las deudas y cargas. El colono está en todo momento sujeto a la expulsión, con la pérdida de todo el fruto de su trabajo.

¿Qué alcance y extensión ha tenido esa « obra de colonización » franquista? Por las cifras que han dado a conocer de los campesinos que han sido asentados en las tierras del Instituto Nacional de Colonización, se pone en evidencia la burda superchería que encierra esa tan cacareada « redención » de los campesinos, puesto que en 16 años de franquismo no pasan de los 30.000.

Pero el engaño es aún mayor si analizamos el verdadero fondo de esa colonización, que no tiene nada que ver con la reforma agraria.

La colonización de los franquistas no está hecha en beneficio de los campesinos. Está hecha con el doble objetivo de entregar millones y millones de pesetas de los contribuyentes españoles a los grandes terratenientes que venden parte de su tierra al Instituto de

Colonización y para los negocios vergonzosos que hace el Estado franquista con el fruto del trabajo de los campesinos acogidos a la colonización.

Otra ley típica de la política expoliadora y ferozmente reaccionaria del franquismo es la ley de concentración parcelaria. Esta ley, completada recientemente con la de unidades mínimas de cultivo, está decretada con el fin expreso de liquidar a millares de pequeños propietarios en beneficio de los grandes terratenientes y de la jauría de nuevos ricachones falangistas.

Más que concentración parcelaria, de lo que se trata es de la concentración de la propiedad. Así lo reconoce implícitamente el diario « Ya » cuando en un artículo publicado el 2 de abril de este año, sobre la concentración parcelaria en Catalapiedra, dice : « Si tenemos en cuenta el número de pequeños propietarios que por serlo de una sola parcela no han influido en la disminución del número de éstas, la diferencia es aún mayor, habiéndose llegado en el caso de DOS CULTIVADORES a tener bajo una linde MAS DE 300 hectáreas cada uno. Hay otra parcela de unas 200, ocho alrededor de 120... » Como puede verse por lo sucedido en Catalapiedra y como se producirá en todos los lugares del país donde los franquistas impongan la concentración parcelaria, ésta se hará en beneficio de los grandes propietarios falangistas y terratenientes.

La resistencia de los pequeños campesinos a la concentración parcelaria es grande y los franquistas se ven obligados a registrarla en las columnas de su prensa. Y para imponer la concentración parcelaria, los franquistas no tienen inconveniente en saltar por encima de sus propias leyes. Es característico a este respecto el artículo 14 del Decreto-ley de concentración parcelaria, en el que se fija que, « Si algún particular obtuviera resolución firme cuya ejecución obligara a rectificar una concentración ya realizada... El consejo de Ministros podrá acordar que se sustituya la ejecución del fallo por el pago de una indemnización en metálico cuya cuantía será fijada conforme a la legislación de expropiación forzosa ».

El gobierno franquista especula con la enorme parcelación de la tierra en muchas provincias. Incluso han publicado la cifra de que hay 23 millones de parcelas. Alegan que la parcelación es antieconómica y que una mayor producción de la tierra exige la liquidación del estado de distribución actual de las parcelas y proceder a una concentración.

El argumento esgrimido por los franquistas de que la concentración parcelaria está dictada por la necesidad de un aumento de la producción de la tierra, no puede ser más cínico. Y lo es porque una producción agrícola que aún no ha llegado a la de 1935, resulta

superior a las actuales posibilidades de consumo por el bajo nivel de vida de la población laboriosa del país.

El 4 de marzo de este año, en el monumento de falsedades que vertió el fascista Cavestany en su discurso de Valladolid, aludiendo a la cosecha del 54-55, nada excepcional por otra parte, decía que el « espectro de la abundancia, mil veces peor para ellos (los campesinos) es más temible a la larga, que el espectro de la escasez ».

Ahí está, con sus propias palabras, refutado el argumento tan invocado de que la concentración parcelaria está dictada por la necesidad de aumento de la producción agrícola.

Pero no es esto solo, con ser ya más que suficiente para demostrar el fondo falacioso de los argumentos de que se valen los franquistas para imponer la concentración parcelaria. El gobierno franquista que tanto abusa en su propaganda de la necesidad del aumento de la producción, realiza en el campo una política criminal de reducción de la producción de remolacha azucarera ; de arroz, de aceite, de vino, porque una cosecha de estos productos por debajo de la del quinquenio 1931-35, resulta excedentaria.

Como complemento de la Ley de concentración parcelaria, los franquistas han dictado recientemente otra, denominada « unidades mínimas de cultivo ». Estas unidades mínimas de cultivo fijadas por los franquistas tienen por objetivo la expropiación de miles de pequeños propietarios de tierra. Por ejemplo, han fijado como unidades mínimas de cultivo, según las zonas, entre 1 y 4 hectáreas. Las estadísticas franquistas de 1951 dicen que en España hay 1.650.000 cultivadores de trigo y de ellos más del millón cultivan menos de una hectárea. O sea, más de un millón de cultivadores de trigo están comprendidos en dicha ley y a los cuales les pueden expropiar su tierra u obligarles a venderla.

Como justamente caracterizó nuestra camarada Dolores en el informe del Comité Central al V Congreso, con la ley de concentración parcelaria, « el franquismo intenta ampliar la capa de terratenientes a costa de los campesinos pobres y medios. Tal es el fin que persigue la llamada ley de concentración parcelaria, que se propone concentrar y mejorar las haciendas de los terratenientes y campesinos ricos, a través del despojo jurídico de las tierras de los campesinos pobres y medios ».

La política reaccionaria de clase que aplica el franquismo en el campo está igualmente reflejada en los impuestos, contribuciones y arbitrios de todas clases que pesan sobre las masas campesinas, las asfixian económicamente y contribuyen a arruinarlas.

Los impuestos y contribuciones, los arbitrios han sido aumentados desde que el franquismo está en el poder en forma escandalosa. Y

siguen aumentando desenfrenadamente cada año. Dándose la circunstancia agravante además de que los campesinos no saben a ciencia cierta lo que tienen que pagar porque constantemente les llueven los impuestos, contribuciones, arbitrios nuevos hasta por lo más insignificante.

Es tan enorme el malestar que existe entre las masas del campo por los impuestos tan abusivos que les obligan a pagar, que recientemente, en una reunión de los Presidentes de las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias, celebrada en Madrid, el tema sobresaliente de dicha reunión fué el pedir la rebaja de los impuestos y contribuciones.

En la reunión de estos presidentes se pidió la **anulación de la contribución urbana sobre las edificaciones enclavadas en fincas rústicas; reducción de la contribución rústica sobre el rendimiento de las explotaciones campesinas; reforma de la ley sobre el nuevo arbitrio provincial y que éste sea reducido; que no sea aplicado el impuesto del timbre y el de derechos reales a las Hermandades de Labradores y Ganaderos ni a las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias, ni a muchas transacciones y actividades relacionadas con la agricultura.**

Y si examinamos la política de precios que el gobierno franquista impone a los productos del campo veremos que está dictada para dañar y arruinar a los pequeños y medios campesinos. Precios bajos de los productos agrícolas que después no tienen repercusión en el mercado, que en nada se benefician de ellos las masas populares, sino que sirven para enriquecer fabulosamente a los Bancos, a los grandes especuladores franquistas que monopolizan la venta de gran número de productos agrícolas. Y como evidente demostración citemos un ejemplo, entre muchos que se podrían citar, tomado del Departamento de estadísticas de las Hermandades de Labradores y Ganaderos : en noviembre de 1953 el precio de la avena fué de 3,60 ptas y de 2.42 ptas. en el mismo mes de 1954. El de la cebada fué de 3,70 el kilo en noviembre del 53 y de 2,55 en el mismo mes del 54. Y el maíz bajó de precio entre noviembre del 53 y noviembre del 54 de 4 pesetas kilo a 3,26 ptas.

A través de la exposición hecha de algunos aspectos de la política agraria del franquismo, se comprueba netamente el carácter de clase, reaccionario, que tiene por objeto el favorecer los intereses de los grandes latifundistas y terratenientes.

Es una política antinacional que fomenta el empobrecimiento de la economía nacional y mantiene en condiciones de depauperación continua a millones de obreros agrícolas, sufriendo un hambre canina durante la mayor parte del año, por carecer de trabajo.

Con lo expuesto se ve cómo han sido agravados enormemente

los problemas del campo en nuestro país por la dictadura fascista de la oligarquía financiera y los grandes terratenientes.

Y son problemas que exigen una solución urgente. Pero no una solución cualquiera. Sino una solución revolucionaria. Es un tumor maligno que no se cura con paños calientes. Hace falta el bisturí, que cale hondo y extirpe de raíz la causa del mal y ponga al cuerpo nacional en condiciones de salud y restablecimiento general para el bien del pueblo y del desarrollo económico del país.

EL PROGRAMA AGRARIO DEL PARTIDO COMUNISTA

Para solucionar estos grandes problemas, de acuerdo con las condiciones objetivas y las necesidades fundamentales de las masas trabajadoras, teniendo en cuenta el carácter de la revolución que ha de llevarse a cabo en nuestro país una vez derrocado el franquismo, el Partido Comunista ha aprobado en su V Congreso un programa democrático en el que se presentan soluciones concretas a estos problemas.

El programa contiene medidas para la realización de una amplia reforma agraria en favor de los obreros agrícolas y campesinos pobres con poca tierra o sin ninguna tierra.

Estas medidas son:

- Contiscación por el Estado de la tierra de los latifundistas y grandes terratenientes, y su reparto gratuito, en plena propiedad, entre los jornaleros agrícolas y campesinos pobres que no poseen tierra suficiente para vivir.
- Abolición de los foros y subforos gallegos, asturianos y leoneses, de la rabassa morta, y en general de todas las supervivencias feudales que aún subsisten en el campo español.
- Respeto a la propiedad de los campesinos acomodados y ricos.
- Devolución a sus verdaderos y legítimos propietarios de las tierras y bienes que les pertenecían antes de 1936 y que les han sido robados por los falangistas.
- Ayuda a los campesinos con crédito barato y a largo plazo, con semillas, abonos, aperos de labranza, y productos para combatir las plagas. En los casos en que los campesinos, por su libre iniciativa decidiesen constituir sociedades agrícolas o cooperativas, el Estado les asegurará una ayuda material constante en todos los órdenes.
- Libertad de comercio para los campesinos, y disminución de los impuestos que pesan sobre ellos.

Adopción de medidas que aseguren la colocación de los productos de exportación de la agricultura en los mercados extranjeros, abriendo para ellos los grandes mercados de los países del campo democrático.

El programa contiene reivindicaciones fundamentales para el mejoramiento general de las condiciones de vida de los jornaleros, como las siguientes:

Jornada de 8 horas, con un salario mínimo legal. Las horas extraordinarias serán pagadas como dobles. A trabajo igual, salario igual sin distinción de sexo ni edad.

Descanso de un día completo por semana. Prohibición de emplear mujeres en las labores nocivas a su salud. Prohibición del trabajo de los niños menores de 14 años.

Alojamiento y transporte gratuito durante las faenas del campo. Legislación que garantice las condiciones higiénicas de las viviendas. Seguros sociales de accidente, enfermedad, invalidez y vejez. Subsidio a las familias numerosas en el campo.

Para los arrendatarios el programa especifica las reivindicaciones que mejorarán grandemente su situación y les pondrá a cubierto de abusos y atropellos de todo género como los que vienen sufriendo.

Revisión general de los contratos de arrendamiento. Disminución substancial de la renta, y adopción de medidas que pongan a los arrendatarios y aparceros a cubierto de las arbitrariedades y atropellos de los propietarios.

El contrato de arrendamiento podrá ser prolongado cuando así lo desee el arrendatario, y cumpla las condiciones estipuladas. En este caso no habrá lugar al desahucio bajo ningún concepto.

El propietario estará obligado a indemnizar al arrendatario del valor de las mejoras hechas en la propiedad, al terminar el plazo del arriendo.

Dada la importancia de la agricultura y de la ganadería en nuestro país, el programa contiene una serie de medidas para el fomento agrario y ganadero como las siguientes :

Nacionalización de los bosques y de los recursos hidráulicos. Repoblación forestal y prohibición de las talas que perjudiquen la riqueza del país. Construcción de pantanos y canales para llevar el agua hasta las zonas que hoy sufren permanentemente de la sequía, y aumentar las tierras de regadío, asegurando altas cosechas.

Creación y desarrollo de escuelas agrícolas provinciales, granjas modelos, laboratorios y estaciones zootécnicas.

Desarrollo de industrias de conservas y de aprovechamiento de los productos agrícolas en las regiones agrarias apropiadas, con objeto de impedir la pérdida de grandes cantidades de productos, y combatir el paro estacionario en el campo. Ampliación de la base forrajera y otras medidas adecuadas para incrementar la riqueza ganadera.

Estas medidas programáticas, que forman parte del programa del Partido Comunista para la realización de la revolución democrática, son medidas basadas en el análisis de la situación y corresponden, por consiguiente, en su doble objetivo a las necesidades de millones de jornaleros agrícolas y campesinos como al desarrollo y progreso de la economía nacional.

El Partido Comunista considera que no hay otro camino mejor. De un lado, porque no es por la vía de ensayos jurídicos, ya conocidos, de resultados tan lentos como insignificantes que pueden resolverse problemas de la magnitud y urgencia de éste. De otro, porque una reforma agraria, que responda al verdadero contenido que exige la situación de la agricultura y las reivindicaciones fundamentales de las masas del campo, no puede concebirse más que comenzando por la destrucción del gran latifundio, por la creación de decenas de miles de pequeños propietarios interesados en el florecimiento de la agricultura y en el auge de la economía nacional.

¿Quiénes pueden aceptar y defender este programa? Lo pueden aceptar y defender por su contenido y carácter democrático no sólo la clase obrera y los jornaleros agrícolas, sino los campesinos pobres, arrendatarios, aparceros, medieros y campesinos acomodados. Lo pueden aceptar y defender la pequeña y media burguesía industrial y comercial porque estas clases se beneficiarán económicamente con la ampliación del mercado interior a consecuencia del mejoramiento de las condiciones de vida de millones de campesinos y obreros agrícolas.

Los intereses de estas clases tienen grandes coincidencias en la etapa democrática de la revolución. Estas coincidencias están basadas en que a estas masas les favorece la destrucción del gran latifundio y el reparto de la tierra, las favorece el desarrollo de la agricultura. Porque son intereses vitales que reclaman la existencia de la democracia, pero de una democracia activa que acometa sin demora la desaparición de las supervivencias feudales en el campo.

Con estas medidas programáticas para la realización de la revolución agraria, el Partido Comunista demuestra claramente que su concepción de la democracia está basada en un contenido real, en la aplicación de medidas que son consubstanciales con el régimen democrático.

Los dirigentes republicanos, socialistas, cenetistas que frecuentemente se llaman demócratas-liberales y que no se recatan el negar-

nos a los comunistas el ser defensores y luchadores de la democracia, mantienen una concepción de la democracia y de la libertad más en consonancia con torneos oratorios que en función de la lucha y la movilización de las masas. Parece como si el desarrollo de estos cinco últimos quinquenios no les hubiera enseñado nada.

Y la experiencia, experiencia bastante dolorosa, nos ha enseñado a todos que no puede haber democracia en España sin resolver, entre otros, el problema de la tierra, es decir, el problema de la revolución agraria.

Si este problema hubiera sido abordado con un criterio revolucionario en 1931 por los dirigentes republicanos, socialistas y cenetistas, como las masas del campo lo reclamaban y el Partido Comunista insistentemente proponía, las fuerzas reaccionarias no hubieran levantado la cabeza con la rapidez que lo hicieron a partir de 1932.

Los partidos republicanos, el Partido Socialista y los anarquistas, en cuantos Congresos han celebrado en la emigración no han abordado, ni discutido, ni presentado soluciones programáticas a los grandes problemas que ha de resolver la democracia española una vez derrumbado el régimen franquista.

Todo su alarde oratorio o escrito sobre la democracia aparece de una inconsistencia manifiesta. Ser demócrata, ante las exigencias de la situación objetiva de España, comporta responsabilidades concretas absolutamente incompatibles con la palabrería hueca y vacía. Comporta la responsabilidad de luchar eficazmente por la democracia. Y la democracia no es un concepto abstracto.

La democracia ha de tener un contenido. Un contenido político, social, económico, cultural, basado en los problemas fundamentales a resolver al instaurarse en el país y que sirva de nexo de unión para la lucha por el establecimiento de la democracia.

Por esta razón, el Partido Comunista al plantear que el régimen franquista debe ser substituído por un régimen democrático, propone las medidas programáticas que se compromete a defender para asegurar la existencia del régimen democrático y facilitar su desarrollo progresivo de acuerdo con las condiciones objetivas.

El Partido Comunista al plantear a las masas la necesidad de luchar por el derrocamiento del régimen franquista y por la República democrática, señala concretamente en su programa cuál debe ser el contenido que debe tener la República democrática. Las masas deben saber por qué luchan y los partidos responsables de la democracia deben decir a las masas qué es lo que se comprometen a defender.

Las reivindicaciones que el Partido Comunista propone a las masas campesinas y de jornaleros agrícolas están entrañablemente vin-

culadas a sus necesidades y anhelos, interpretan sus verdaderos sentimientos.

El valor de una política y, por consiguiente, del programa que de ella se deriva, está en que las masas la hagan suya, en que las masas la comprendan y luchen por su aplicación. De acuerdo con este principio, la política y el programa del Partido se está viendo confirmada como justa porque responde a lo que sienten las masas.

El programa del Partido Comunista contiene medidas que serán aplicadas cuando en España exista un régimen democrático. Y contiene, especialmente para las masas campesinas y jornaleros agrícolas, medidas por las cuales se lucha ya, medidas concretas que se convierten en un ariete para golpear y debilitar al franquismo, medidas para impulsar la acción de las masas y elevar la lucha por el derrocamiento completo del régimen franquista.

Así se está comprobando en lo que sucede en muchas de las asambleas de las Hermandades de Labradores y Ganaderos, en reuniones de las juntas y secciones sociales de las mencionadas Hermandades, y de las Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias, celebradas en estos últimos meses.

Mencionaremos una serie de casos concretos por las enseñanzas que encierran y para conocer y profundizar en el estudio de la dirección en que van las reclamaciones y exigencias de las masas campesinas y jornaleros agrícolas.

A fines del pasado año en una reunión de la Junta Central Social de las Hermandades adoptaron resoluciones pidiendo un aumento del 30 % del salario para los obreros agrícolas; mejoras para los obreros forestales; aumento para los obreros en la recolección de la naranja; que se establezca el plus familiar en el campo; y medidas enérgicas para paliar el paro obrero en el campo.

La asamblea provincial de la Cámara Oficial Sindical Agraria de BURGOS pidió precios remuneradores para la patata, disminución del 50 % del impuesto sobre el ganado; se pronunció contra la importación de ganado mular de los Estados Unidos.

La asamblea de Hermandades de JAEN, acordó pedir aumento de salario para los trabajadores del campo.

La sección social de la Hermandad de CUENCA pidió una nueva reglamentación en favor de los trabajadores del campo y una modificación de la ley de arrendamientos rústicos que beneficie a los arrendatarios.

La Cámara Oficial Sindical Agraria de SEGOVIA acordó protestar contra el nuevo arbitrio sobre la riqueza provincial.

La asamblea de las Hermandades de SALAMANCA se pronunció pidiendo medidas contra el paro obrero en el campo, modificación de la ley de arrendamientos rústicos y contra las normas que se les imponen a los cultivadores cerealistas.

La asamblea de Hermandades de GRANADA acordó protestar contra la intervención del gobierno en la campaña aceitera, contra los impuestos, exigiendo libertad de circulación y comercio para los productos del campo.

La asamblea de Hermandades de CORDOBA pidió el establecimiento de industrias de transformación de los productos del campo, el establecimiento de un crédito agrícola que libere de la usura al campesino y una solución total al problema del paro obrero en el campo.

Las Hermandades de ZAMORA, acordaron protestar contra diversos impuestos y contra la reglamentación de pastos y rastrojos.

La asamblea de Hermandades de VALLADOLID pidió libertad de comercio para los cultivadores de remolacha.

Las protestas contra las importaciones de los excedentes agrícolas y ganado mular norteamericanos se han generalizado en las Hermandades. Cultivadores de cereales y de algodón, olivareros y ganaderos elevan la voz contra esas importaciones norteamericanas que vienen a perjudicar seriamente a sus intereses.

Pero lo que ha promovido mayor número de protestas en todo el campo ha sido el nuevo arbitrio sobre la riqueza provincial. Este nuevo arbitrio es una expoliación descarada de las masas campesinas y representa en su totalidad varios miles de millones de pesetas que tienen que pagar los campesinos en su mayor parte.

Resumiendo estas reivindicaciones, que constantemente reclaman las masas campesinas en las organizaciones agrarias creadas por el franquismo, aparece clara coincidencia en la petición de **aumento de salarios para los obreros agrícolas, seguros sociales y lucha contra el paro obrero en el campo ; revisión de la ley de arrendamientos rústicos y disminución de las rentas, rebaja de los impuestos, libertad de comercio y precios remuneradores para los productos del campo, defensa de la producción agrícola nacional frente a la competencia favorecida y fomentada por el gobierno franquista de los excedentes agrícolas norteamericanos.**

El programa de nuestro Partido responde enteramente en diversos apartados a esas reivindicaciones de los jornaleros agrícolas, arrendatarios y campesinos.

Para la movilización de las masas campesinas y de jornaleros agrícolas para la organización de la lucha y para elevar esta lucha, el programa del Partido Comunista es un elemento esencial, como lo es para la unión de estas gigantescas fuerzas.

En el impulso y la amplitud que están teniendo las reclamaciones de los jornaleros agrícolas y de las masas campesinas en las Hermandades y Cámaras Oficiales Sindicales Agrarias y que han tenido en la inmensa mayoría de los Congresos Regionales de Traba-

adores recientemente celebrados, influye positivamente la orientación de nuestro programa.

Del examen de estos hechos políticos surgen dos conclusiones bien claras : la primera es la de que las reivindicaciones formuladas en el programa del Partido para las masas campesinas están basadas en sus aspiraciones concretas actuales. La segunda, es la de que la lucha por la aplicación del programa en el campo, no está superada a que sea restablecida la democracia. La lucha por la aplicación del programa está planteada ya; muchas reivindicaciones contenidas en el programa para los obreros agrícolas y campesinos son reclamadas por estos. Es decir, son reivindicaciones que se convierten en patrimonio de estas masas del campo y que exigen que sean satisfechas.

Para la ligazón con las masas explotadas y oprimidas del campo el programa es un elemento fundamental. Lo es igualmente para desarrollar la influencia y la organización del Partido en el campo.

La difusión del programa entre las masas de obreros agrícolas y los campesinos adquiere pues una gran importancia. Es muy necesaria para que el programa sea ampliamente conocido y estas masas vean cómo el Partido Comunista ofrece solución a sus problemas candentes de hoy y de mañana. Pero además porque constituye una rotunda refutación a la propaganda anticomunista, tan estúpida como soez, de los franquistas.

Tiene nuestro programa no sólo actualidad y realismo sino que ofrece perspectivas muy claras a los campesinos y a los obreros agrícolas. Perspectivas para atacar de raíz las causas que originan el empobrecimiento de la agricultura, para atacar de raíz las causas que determinan la vida durísima de las masas campesinas y la pavorosa situación de hambre y miseria de millones de obreros agrícolas.

El programa de nuestro Partido es una bandera de combate y de esperanza, una bandera de movilización y de unión de la clase obrera y de los campesinos.

La popularización del programa, la explicación de su significado ha de permitirnos elevar la lucha y la organización en el campo ; nos ha de permitir llegar a lo hondo de la conciencia de las masas campesinas y de obreros agrícolas, para mostrarles al Partido como su ardiente defensor y orientador.

El programa es una base para el mejoramiento del trabajo político de los comunistas en el campo, para el robustecimiento y la extensión de las organizaciones del Partido, para ir liquidando las debilidades que tenemos en este aspecto y que justamente fueron señaladas por la camarada Dolores en su informe al V Congreso.

EL DIRIGENTE DEL PUEBLO

(En el 35 aniversario del Partido Comunista de España, sobre su papel como guía y organizador del movimiento progresivo y revolucionario del pueblo español.)

EL análisis de la situación económica y política de España realizado por el V Congreso de nuestro Partido, análisis que los acontecimientos confirman cada día, demuestra que la crisis del régimen franquista se encuentra en una fase avanzada.

El movimiento democrático y revolucionario se amplía y profundiza a ojos vistas. Los representantes más avisados de las clases dominantes presagian la tempestad y plantean la necesidad urgente de realizar ciertos cambios políticos desde el poder, con el fin de desviar del camino revolucionario a las masas. Incluso Franco, bajo la presión de influyentes círculos de la gran burguesía y de los terratenientes, de la Iglesia y del Ejército, se ve obligado a anunciar cambios en la forma política del régimen, concretamente, la restauración monárquica. Parte de las fuerzas reaccionarias consideran que es necesario sacrificar a Falange. Otra parte, cada vez más importante, piensa que eso es insuficiente, que hay que sacrificar también a Franco. Tratan de salvar lo fundamental de su régimen social con algunos cambios en la forma política de dominación, sacrificando incluso, si no hay más remedio, algunos de los instrumentos políticos y de los personajes más desprestigiados, más gastados, más odiados por el pueblo.

La Historia enseña que así suele ocurrir en la iniciación de las grandes crisis revolucionarias. Así sucedió en España, remitiéndonos a la experiencia más reciente, cuando la nave primorriverista hizo aguas, al final de la década del veinte.

¿Quiere decirse que cuando las clases dominantes empiezan a deslizarse por esa pendiente el asunto termina siempre en revolución?

No. Precisamente el objetivo de la reacción al iniciar ciertos cambios y maniobras es evitar la revolución. Y, según las circunstancias, puede lograrlo. En nuestra Historia contemporánea abundan los ejemplos. Las concesiones que la reacción monárquica se vió obligada a hacer en los años 1918-20 bajo la presión del potente

movimiento revolucionario de entonces, desembocaron en un reagrupamiento de las fuerzas reaccionarias, que pasaron a la contraofensiva e instauraron la dictadura militar fascista de Primo de Rivera.

Los cambios que la monarquía inició en 1930, sacrificando a Primo de Rivera, desembocaron, verdad es, en la República, pero en una República tan inconsecuente consigo misma que permitió el reagrupamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias y su alzamiento militar para instaurar, con ayuda de la intervención extranjera, la dictadura fascista de Franco y Falange. Así, la gran década revolucionaria abierta en 1930, durante la que tanta combatividad y heroísmo derrochó el pueblo, terminó en 1939 con la más sangrienta derrota que han conocido las fuerzas progresivas españolas en siglo y medio de incesantes luchas por la libertad.

¿Qué faltó en 1917 y en 1931 para que la crisis del poder de las clases reaccionarias desembocara en una democracia republicana, sólida, robusta, que sirviera de base al renacimiento nacional?

Naturalmente, sería simplificar las cosas responder a cuestión tan compleja sacando a colación un solo factor, por muy esencial que éste sea. Es todo un conjunto de factores objetivos y subjetivos lo que explica por qué la revolución española, en los últimos cuarenta años, siguió ese curso y no otro. Pero entre los factores subjetivos hay uno primordial, sobre el que queremos en este artículo concentrar la atención del lector : **la ausencia de una firme y acertada dirección del movimiento revolucionario.** Ni los partidos republicanos burgueses y pequeño burgueses, ni el partido socialista, ni el anarquismo, fueron capaces de conducir a la victoria decisiva a la democracia española cuando existían condiciones objetivas favorables para ello. Lección incontrovertible de nuestra Historia contemporánea, que es necesario tener bien presente en estos momentos en que aparecen los síntomas de un nuevo auge revolucionario.

Y la incapacidad de esas fuerzas políticas para servir de guías al movimiento democrático revolucionario no es el resultado de errores casuales, accidentales. Tal incapacidad es congénita en esas fuerzas, reside en su misma naturaleza social, política e ideológica. Ellas pueden jugar aún un importante papel positivo en el movimiento democrático (en la medida que su política se enderece por los cauces que reclama ese movimiento) pero no puede jugar el papel dirigente. Su fracaso en este aspecto no es, repetimos, algo casual, sino la comprobación práctica, en terreno español de la conclusión teórica establecida por el marxismo-leninismo y refrendada en escala internacional por la práctica del movimiento revolucionario de los últimos cuarenta años : ninguna revolución democrática puede triunfar en esta época si no está dirigida por la clase obrera.

El marxismo-leninismo llegó a esa conclusión basándose en que la época actual se caracteriza por el predominio de la forma imperialista,

monopolista, del capitalismo, lo que a su vez lleva aparejado la maduración de las condiciones objetivas para la revolución proletaria. Bajo su forma imperialista las contradicciones que corroen el capitalismo y lo empujan a la tumba alcanzan su máxima acritud, el capitalismo llega a su extrema podredumbre y descomposición. La revolución socialista se pone al orden del día como una necesidad madura y urgente. ¿Puede pedirse mejor comprobación de la exactitud científica de esta tesis formulada por Lenin, que el hecho de que en menos de 40 años — ¡un instante en la escala de la Historia universal! — la revolución socialista haya triunfado ya en países que engloban a 900 millones de seres, la tercera parte de la humanidad?

Después de la segunda guerra mundial la crisis general del capitalismo se ha agravado aún más. Ante millones de personas parece cada día más evidente que para poner fin a las catástrofes de las guerras, a la miseria, a la esclavitud política y económica, no hay otra solución que acabar con el capitalismo, fuente de todos esos males. Las históricas victorias del socialismo en la Unión Soviética, el comienzo de la construcción del socialismo en China y en una serie de países europeos, demuestra con fuerza irresistible a millones de trabajadores que no hay otra salida. Sólo el socialismo puede asegurar la paz, la libertad y el bienestar.

¿No es lógico que en los países capitalistas, donde existen en mayor y menor grado libertades políticas, las masas trabajadoras traten de utilizarlas para avanzar hacia la transformación socialista de la sociedad? ¿Qué más lógico que las masas apoyen con sus votos y con su lucha a los partidos comunistas, portaestandartes del socialismo, y que esos partidos, pese a las inmundas campañas anticomunistas, se fortalezcan de día en día, como vemos en Francia, Italia y otros países? Y allí donde no existen libertades democráticas los trabajadores tratan de reconquistarlas no para detenerse ahí, sino para utilizarlas en la marcha hacia el socialismo.

Esto explica que la burguesía, condenada a desaparecer como clase con la desaparición del capitalismo, se convierta objetivamente en enemiga de las libertades democráticas que en el pasado ella misma implantó y defendió contra la reacción feudal. Entonces las libertades democráticas eran útiles a la burguesía, las necesitaba para organizar sus fuerzas y agrupar en torno a ellas a todo el pueblo en la lucha contra el feudalismo. Hoy las libertades democráticas son útiles al proletariado, sirven a éste para organizar sus fuerzas y agrupar en torno a ellas a las masas trabajadoras en la lucha por el socialismo.

La burguesía, para prolongar su dominación, se ve obligada a atentar en mayor o menor medida contra las libertades democráticas. En ese atentado hay todos los grados y matices, desde la supresión a sangre y fuego de esas libertades y la instauración de la

dictadura fascista, como es el caso de nuestro país, hasta la implantación de sistemas electorales que reducen escandalosamente la representación parlamentaria del partido de la clase obrera, aunque éste sea el que más votos obtenga, como vemos en Francia. En los países donde perduran restos feudales la burguesía se alía con estos restos y, cuando ni la alianza con los restos feudales ni la liquidación de las libertades democráticas, es suficiente para hacer frente al movimiento revolucionario popular la burguesía no vacila en abrir las puertas del país a la intervención armada del imperialismo extranjero. Tal fué y es el caso de la gran burguesía española.

En estas condiciones ¿no es evidente que la burguesía, sus partidos políticos, no pueden ser los dirigentes de la lucha por la democracia?

Ahora bien, es necesario distinguir entre la burguesía monopolista, imperialista (que no sólo no puede ser dirigente del movimiento democrático sino que es su enemigo declarado, que en España es, junto con los grandes terratenientes, la detentadora del poder fascista) y otros grupos de la burguesía que, en determinadas condiciones, pueden formar parte del movimiento democrático aunque estén incapacitados para dirigirlo. Durante el período republicano de 1931-39 algunos sectores de nuestra burguesía estuvieron, con más o menos vacilaciones, al lado de la democracia. En la actualidad, importantes núcleos de la burguesía no monopolista, incluso grupos que antaño apoyaron al franquismo, reclaman un cambio democrático. Las causas de esta actitud se explican con claridad en el informe de la camarada Dolores Ibárruri al V Congreso de nuestro Partido. Esos grupos de la burguesía son heridos en sus intereses por los grandes monopolios que se han desarrollado al calor del franquismo, son afectados también por la colonización de España por el imperialismo americano. En consecuencia esos grupos burgueses están interesados en la independencia nacional y necesitan libertades democráticas para organizar sus fuerzas y defender sus intereses en el plano económico y político. De esta manera se crea una base objetiva de coincidencia en la lucha por las libertades democráticas y por la independencia nacional entre la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional no monopolista.

Pero es evidente que esos grupos burgueses, aun estando interesados en este período en el movimiento democrático vienen a él con todas las vacilaciones y las inconsecuencias inherentes a su condición social. Sus intereses inmediatos y aún próximos los empujan al campo democrático, contra la oligarquía financiera, contra los vestigios feudales, contra la opresión del dólar. La inquietud por su futuro como clase social, el miedo al proletariado revolucionario, actúa en sentido opuesto. Estos grupos burgueses no pueden, por

...tanto, asegurar una dirección firme y consecuente al movimiento revolucionario. Así se comprobó en la práctica en el período 1931-39 y esta experiencia deben tenerla muy presente los obreros y campesinos, los intelectuales progresivos y el pueblo en general. Al mismo tiempo la clase obrera no puede perder de vista la gran importancia que para la lucha contra el franquismo tiene la participación, al lado de las masas populares, de esos grupos burgueses que en parte están representados por los actuales partidos republicanos, especialmente por Esquerra de Cataluña y por el Partido Nacionalista Vasco, y, en parte, serán representados por nuevas agrupaciones políticas que hoy se encuentran en embrión.

A todo esto podrá objetarse: bien, está claro que los grupos burgueses y sus partidos políticos no pueden asegurar la dirección de la democracia, pero ¿acaso fueron ellos los dirigentes de la democracia republicana en el período de 1931-39?, ¿acaso el Partido Socialista y el Anarquismo que, desde diferentes posiciones, jugaron un papel tan importante en la orientación y dirección del movimiento obrero y popular durante todo ese período, no encarnaban y aseguraban la dirección de la clase obrera en ese movimiento?

No, no la encarnaban porque para asegurar la dirección de la clase obrera en el movimiento democrático no basta ser un partido u organización formado por obreros, o fundamentalmente por obreros. Hace falta, además, guiarse por la ideología revolucionaria de la clase obrera, por el marxismo-leninismo. ¿Qué mejor demostración práctica de esta tesis teórica que el hecho de que desde hace medio siglo únicamente allí donde el movimiento democrático ha estado dirigido por los partidos marxistas-leninistas ese movimiento ha conquistado la victoria decisiva? Incluso en un país como China, donde el proletariado constituye una pequeña minoría de la población, el movimiento democrático, antifeudal, antiimperialista, pudo triunfar únicamente cuando llegó a estar bajo la dirección de la clase obrera, del partido marxista-leninista de la clase obrera. China se ha transformado de un país atrasado, semifeudal, semicolonial, en la gran potencia democrática de hoy gracias a la dirección del Partido Comunista.

En España ni el Partido Socialista, ni el Anarquismo se inspiraban en el marxismo-leninismo. Al contrario, ellos llevaban a la clase obrera ideologías que, en el fondo, pese a sus apariencias, pese a su fraseología, a sus frases « revolucionarias », « clasistas » eran diferentes variantes de la ideología de la burguesía liberal. Su política, inspirada en esa ideología, no podía ser una política revolucionaria. Por eso el movimiento democrático, en la medida que se encontraba bajo la dirección del Partido Socialista o del Anarquismo se encontraba en la práctica, indirectamente, bajo la dirección de la burguesía y no de la clase obrera.

En oposición al marxismo-leninismo el Partido Socialista defendía abiertamente la tesis de que la revolución, por ser de carácter democrático-burgués, debía estar dirigida por los partidos republicanos burgueses. Esta era la misma tesis que habían aplicado los mencheviques rusos en las revoluciones democrático-burguesas de Rusia (1905 y 1917). Los dirigentes socialistas españoles, vueltos de espaldas al marxismo no podían aprender en la experiencia del proletariado ruso, no podían comprender la teoría elaborada por Lenin y comprobada en la práctica del movimiento revolucionario ruso e internacional, de que sólo la dirección de la clase obrera puede asegurar el triunfo de la revolución democrático-burguesa en la época actual.

Un historiador tan poco sospechoso de parcialidad hacia el comunismo como el socialista Antonio Ramos Oliveira reconoce en su reciente Historia de España que el Partido Socialista, en los primeros años de la República, jugó el papel de « apéndice de la clase media liberal », que en la política del Partido Socialista no había « un ápice de revolucionario ».

Esta fué la fuente principal de la debilidad y la inconsecuencia de la República del 14 de abril. El proletariado y los campesinos eran los principales pilares de la República, las fuerzas motrices de la revolución democrática, pero la dirección burguesa de la República temía más al proletariado y a los campesinos que a los enemigos mortales de la República. Como dice la camarada Dolores Ibárruri en su Informe ante el V Congreso: « mientras las masas trabajadoras luchaban por el desarrollo de la democracia, los gobernantes republicanos y socialistas frenaban esta lucha y la reprimían brutalmente, mientras se tenían toda clase de consideraciones con los verdaderos enemigos que iban pérfidamente minando las bases de la República ».

Esta gran lección de nuestra reciente Historia es necesario tenerla muy presente hoy, cuando marchamos hacia batallas decisivas de las que dependerá la victoria y consolidación de la democracia en España. Los obreros y campesinos, todos los verdaderos demócratas, deben tener bien presente esta conclusión capital del Informe de Dolores Ibárruri: « El desenlace de la lucha contra el franquismo y por el establecimiento de un régimen democrático en España depende del papel que en ella jueque la clase obrera; de que se limite a ser un mero auxiliar de la burguesía como ocurrió en 1931 bajo la dirección del Partido Socialista, o sea ella quien asuma el papel dirigente en esta lucha por la liberación de nuestro pueblo, por la democracia, la independencia y soberanía nacionales ».

Aquella debilidad fatal de nuestro movimiento democrático — la ausencia de una dirección firme, interesada hasta el fin en la defensa y desarrollo de la democracia, es decir, la falta de la dirección

obrero revolucionaria — empezó a superarse en la medida que el Partido Comunista fué adquiriendo ascendencia sobre la clase obrera y las masas populares. La heroica lucha del proletariado asturiano en octubre de 1934, la constitución y victoria del Frente Popular en 1936, reflejaban ya el creciente papel del Partido Comunista en la vida política.

Durante la guerra nacional-revolucionaria de 1936-39 el peso del Partido Comunista en la dirección del movimiento democrático llegó a ser considerable. Este es el secreto de que, pese a la concurrencia de poderosas circunstancias adversas, la heroica resistencia del pueblo español se prolongara casi tres años. Esa es la razón de que en esos tres años difíciles el movimiento democrático diera pruebas de tal firmeza y decisión en contraste con las pruebas de debilidad e indecisión de los primeros años de la República.

Durante el período franquista, bajo el sanguinario terror fascista, en las condiciones más difíciles que pueden imaginarse, el Partido Comunista ha sido el único partido de la democracia española que ha mantenido constantemente en alto, sin un minuto de desfallecimiento, la bandera de la lucha; el único que ha tenido una línea política acertada, como han demostrado los acontecimientos.

El Partido Comunista se ha convertido no sólo en la teoría sino en la práctica « en el guía y organizador del movimiento progresivo y revolucionario del pueblo español » como rezan sus Estatutos.

En 1931, al triunfar la democracia del 14 de abril, esa definición del Partido Comunista hubiera tenido tan sólo el valor de un pronóstico teórico exacto. En 1955, al cumplirse los 35 años de existencia de nuestro Partido, esa definición inscrita en los Estatutos por el V Congreso, es la formulación exacta de una realidad viva, actuante, que fué manifestándose poco a poco en el período 1931-36, que tomó cuerpo con toda pujanza en el período 1936-39, y que no ha cesado de robustecer su corporeidad en estos tres lustros largos de opresión fascista.

Cuando el franquismo concentra sus anatemas y persecuciones rabiosas contra los comunistas, cuando los eternos capituladores del campo republicano destilan bilis contra el Partido Comunista, cuando las figuras más previsoras de la reacción tradicional preconizan prudentes cambios preventivos por arriba para evitar que el pueblo, dirigido por los comunistas, imponga cambios radicales desde abajo ¿qué hacen todos sino reconocer, cada uno a su manera, ese nuevo, grande y decisivo factor de la vida social y política española, que el Partido Comunista ha pasado a ser en la realidad el « guía y organizador del movimiento progresivo y revolucionario del pueblo español » ?

El Partido Comunista ha llegado a jugar ese papel dirigente del movimiento democrático español por la sencilla razón de que es

« el partido político de la clase obrera » no sólo en palabras sino en hechos. Lo es, no sólo porque la mayoría de sus militantes son obreros (también hay una proporción importante de obreros en el Partido Socialista y en el Anarquismo), no sólo porque se declare « partido obrero », sino porque su ideología es la ideología revolucionaria de la clase obrera creada hace más de un siglo por Marx y Engels, aplicada y desarrollada en las condiciones del imperialismo y de la revolución proletaria por Lenin, enriquecida por Stalin y otros discípulos de Lenin. La práctica es la prueba suprema de toda ciencia, de toda teoría. El marxismo-leninismo es la única teoría social que ha soportado victoriosamente la prueba de la práctica, que ha triunfado en la Gran Revolución Socialista de Octubre, en 1917; que ha triunfado en las revoluciones victoriosas de China y de las democracias populares de Europa, que triunfa cada día en la marcha ascendente del movimiento comunista de los países capitalistas, que triunfa en el fortalecimiento constante de nuestro Partido Comunista por encima de persecuciones y provocaciones.

Nuestro Partido es el único partido político español portador de esa ideología. ¿Por qué los acontecimientos confirman las previsiones de nuestro Partido, por qué el desarrollo de la situación en España concuerda con la perspectiva trazada por nuestro Partido? Porque nuestro Partido analiza la realidad española sirviéndose del método marxista-leninista y este método le permite comprender con exactitud científica las leyes objetivas del desarrollo social, le permite elaborar la estrategia y la táctica adecuadas para influir en ese desarrollo de acuerdo con los intereses de la clase obrera y del pueblo en general. El ejemplo más acabado de ese análisis y formulación científica del desarrollo de la realidad española, de los caminos para su transformación democrática, lo da el programa democrático de nuestro Partido aprobado en su V Congreso.

Este Congreso ha puesto de relieve, de manera singular, el papel dirigente de nuestro Partido. No sólo porque ha demostrado que el Partido Comunista es el más organizado, el más fuerte de todos los partidos antifranquistas, pese a que contra él se concitan las más sañudas persecuciones; el único partido capaz de celebrar en estas circunstancias un Congreso clandestino con participación de los representantes de sus organizaciones en las principales regiones de España. No sólo por eso, y no tanto por eso, como por ser el único partido que ha sido capaz de elaborar un programa que da respuesta y solución a los más acuciantes problemas económicos, sociales y políticos que España tiene planteados. Por ser el único Partido que ha sido capaz de elaborar la táctica susceptible de unir a todas las fuerzas sociales y políticas interesadas, por una u otra razón, en la liquidación del régimen franquista.

Esta brillante demostración del papel dirigente de nuestro Parti-

do ha provocado, al parecer, cierta irritación, en algún que otro viejo político emigrado, como por ejemplo el señor Gordón Ordáx, al que la irritación ha nublado el sentido de la medida llevándole a la publicación de una irreflexiva y precipitada diatriba contra nuestro Partido y contra su V Congreso, en los momentos en que es más necesario que nunca facilitar la unidad de las fuerzas antifranquistas.

Pero no hay por qué irritarse. De que la democracia española tenga, por fin, un guía firme y experto como es nuestro Partido, ningún demócrata español, ningún hombre político cualquiera que sea su filiación, siempre que se sitúe sinceramente en el terreno de la democracia y de los intereses nacionales, tiene nada que temer. Al contrario, en esa dirección firme y experta que nuestro Partido asegura al movimiento democrático reside la garantía no sólo de la victoria sobre el franquismo sino de que la reinstauración de la democracia en España no será un nuevo episodio efímero, seguido de un nuevo ciclo reaccionario, sino que será el comienzo de una nueva Era en la Historia de España; de una Era de progreso ininterrumpido, de renacimiento nacional después de cuatro siglos de decadencia, en la que todos los verdaderos demócratas y patriotas, cualquiera que sea su condición social y tendencias políticas, toda esa juventud que hoy despierta pujante buscando el camino de servir a España y al pueblo, tendrán la posibilidad de aportar sus energías y capacidades al resurgir nacional.

Precisamente aquello por lo que Gordón Ordáx critica, con modos poco correctos y tergiversando los textos, a nuestro Partido, constituye una prueba de la madurez de éste, de su mayoría de edad como dirigente de la democracia española. La primera obligación que le cabe a un partido que desempeñe ese papel es propiciar la unión de todas las fuerzas políticas y sociales interesadas por una u otra razón en la liquidación del franquismo. Y eso es lo que hace el Partido Comunista con su política de Frente Nacional Antifranquista; eso es lo que hace nuestro Partido al proponer una plataforma mínima que pueda servir de base de entendimiento a todos los enemigos del franquismo, desde la clase obrera y su partido, hasta los grupos burgueses antifranquistas y sus representantes políticos republicanos o monárquicos. A todos los que se sitúen en el terreno del respeto y acatamiento a la voluntad nacional libremente expresada.

Al mismo tiempo nuestro Partido no oculta su posición firmemente republicana, como no oculta sus ulteriores objetivos socialistas. Esto está claro, inequívocamente expresado en el Programa de nuestro Partido. Pero nuestro Partido considera que el primer paso hacia la República es la liquidación del franquismo, la posibilidad para el pueblo de expresar libremente su voluntad soberana. Y la única solución para ello es que todos los enemigos del régimen se

pongan de acuerdo sobre unos puntos mínimos (los seis que propone nuestro Partido u otros semejantes, que de eso no hacemos cuestión cerrada, como ha dicho Dolores Ibárruri), organicen la acción conjunta contra el régimen, derriben el vacilante gobierno de Franco y Falange, instauren un gobierno provisional revolucionario, en el que estén representadas todas las fuerzas que participan en la lucha contra el franquismo sin exclusiones, y que este gobierno provisional adopte las medidas indispensables para asegurar el libre ejercicio de la voluntad nacional en elecciones a Cortes Constituyentes. ¡Quien tenga otro camino más democrático, más corto, más eficaz, más pacífico, que lo diga!

Merece señalarse que esta táctica elaborada por nuestro Partido empieza a ser comprendida y adoptada por núcleos cada vez más importantes de las fuerzas obreras y republicanas. La posición, por ejemplo, que defiende en el seno del Partido Socialista el grupo encabezado por Enrique de Francisco y Bruno Alonso coincide en líneas generales con la posición de nuestro Partido en el momento actual. Posiciones análogas mantienen diferentes personalidades republicanas y conocidos militantes del movimiento confederal.

Otra de las cuestiones que le sirve de pretexto a Gordón Ordáx para atacar al Partido Comunista es la posición adoptada por el V Congreso en relación con el problema religioso. En nuestro Programa, al mismo tiempo que preconizamos la separación de la Iglesia del Estado, es decir, la limitación de la actividad de la Iglesia al marco estrictamente espiritual, nos pronunciamos por que el Estado subvencione el culto. Esta posición que toma nuestro Partido apoyándose en las experiencias del pasado significa un cambio profundo en relación con la actitud tradicional de la democracia española hacia las masas católicas. El Partido Comunista tiende la mano sinceramente a los católicos, les ofrece una base concreta de entendimiento para la lucha por el pan y la paz, por la libertad y la independencia nacional. No sólo se compromete a respetar sus creencias, sino que se compromete a asegurar que esas creencias podrán ser ejercidas sin dificultades materiales que lo impidan. El Partido Comunista asesta así un importante golpe al anticlericalismo pequeño burgués que no tiene nada que ver con la ideología revolucionaria de la clase obrera, asesta un gran golpe a ese anticlericalismo que tan hábilmente ha utilizado la reacción española una y otra vez para dividir al pueblo y derrotar a la democracia.

¿Qué duda cabe que los millones de campesinos católicos de nuestro país no apoyarán a los Gordón Ordáx, que juegan al anticlericalismo mientras se oponen a la reforma agraria, y apoyarán en cambio al partido de la clase obrera que respetando sus creencias y garantizando el ejercicio del culto, al mismo tiempo les guía a la lucha por la tierra y la libertad?

Procediendo de esa manera en la cuestión de la forma política del régimen, en la cuestión religiosa, en la cuestión de tener una actitud positiva ante las gentes honestas que ayer, por engaño o por otras razones, apoyaron al franquismo y hoy pasan a la oposición, y en otras cuestiones contenidas en el Programa aprobado por el V Congreso; procediendo con gran moderación, con gran sentido de la realidad, el Partido Comunista revalida precisamente su papel de guía y organizador del movimiento progresivo y revolucionario del pueblo español.

Es posible que a ciertos políticos les hubiera agradado más que el Partido Comunista, en el momento en que las masas se ponen en movimiento buscando una salida democrática, se lanzase a un verbalismo « revolucionario », a un extremismo trotskizante, como el de Bullejos y Cía en 1931. Pero aquello pasó para no volver. Nuestro Partido está curado ya de la enfermedad infantil del comunismo. Uno de los rasgos más importantes que acreditan a nuestro Partido como dirigente del pueblo es su seriedad y valentía en el reconocimiento y corrección de sus errores.

Dirigido por José Díaz y Dolores Ibárruri, con ayuda de la experiencia del movimiento comunista internacional, nuestro Partido corrigió con energía en el período del IV Congreso, la desviación trotskista oportunista del grupo Bullejos, limpió sus filas de los portadores de esa desviación, y puso rumbo decidido a su transformación en lo que el V Congreso ha constatado que es ya nuestro Partido: el gran Partido de masas de la clase obrera y del pueblo, el partido dirigente de la democracia española.

Esta alta misión de nuestro Partido implica una gran responsabilidad para los comunistas. En ningún momento y menos hoy, cuando entramos en un período crítico de la lucha contra el franquismo, el comunista puede ser uno más. Tiene que ser el orientador, el guía, el organizador del pueblo.

Las leyes objetivas del desarrollo social empujan inexorablemente a España hacia la democracia, hacia el socialismo. Pero esas leyes no pueden imponerse en definitiva si no se crea la fuerza social y política capaz de derribar los obstáculos que alzan en su camino la resistencia desesperada de las clases y grupos sociales condenados a desaparecer. El Partido, su Programa, su política de unidad, sus métodos de organización de las masas, sus métodos de lucha, son los instrumentos para, apoyándose en el desarrollo objetivo, crear esa fuerza social y política dando conciencia de sus objetivos a las grandes masas populares que se ponen en movimiento ante nuestros ojos, ayudándolas a organizarse, a unirse, a luchar.

Cada comunista tiene que ser capaz de explicar acertadamente a los demás la situación internacional y nacional, la crisis económi-

ca y política en que se debate el franquismo y el camino para dar a esa crisis una salida democrática y nacional.

Cada comunista debe ser capaz de explicar el Programa del Partido que da solución a los acuciantes problemas que España tiene planteados en el momento actual; tiene que ser capaz de conquistar la adhesión y el apoyo activo de las masas a ese Programa.

Cada comunista tiene que ganar a los demás antifranquistas a la idea de crear un Frente Nacional Antifranquista, como la forma más racional, más rápida, menos dolorosa para el pueblo de salir de esta situación; tiene que ser capaz de explicar la plataforma de seis puntos que el Partido propone como base política de ese Frente Nacional.

Cada comunista debe ser sensible a todas las necesidades, sufrimientos, problemas, preocupaciones que afectan a las masas en este momento, por pequeñas que sean; debe ser capaz de ayudar a las masas a concretar sus reivindicaciones y a luchar por ellas aprovechando todas las posibilidades legales o extralegales que ofrece la situación concreta. Debe explicar a las masas que el régimen franquista es el responsable máximo de todas las calamidades que hoy agobian al pueblo, demostrando que sin liquidar al franquismo y restablecer la democracia no puede haber solución eficaz a los infinitos problemas que afectan a las masas. Cada comunista tiene que ser un denunciador incansable y audaz, por todos los medios hábiles a su alcance, de las violencias, latrocinios, tropelías, injusticias, arbitrariedades, del régimen franquista y de sus órganos.

Cada comunista tiene que aprovechar con audacia e iniciativa las cada vez más numerosas y variadas posibilidades legales y semilegales que surgen en el proceso de la descomposición del régimen, del aumento del descontento y de la actividad de las masas para unir y organizar a éstas en la lucha antifranquista; tiene que aprovechar hasta la más pequeña posibilidad de encontrar aliado en cada una de las personas, de los grupos, que manifiestan su descontento, que pasan a la oposición de una u otra manera, aunque de momento ese paso sea muy vacilante, inconsecuente, ciego.

¿No son hoy ya muy numerosas las gentes que en el aparato de los Sindicatos Verticales y de las Hermandades Campesinas, en las organizaciones universitarias y estudiantiles, en las Hermandades obreras católicas, en las cooperativas y montepíos, en las organizaciones deportivas y culturales, en otras organizaciones legales y en los eslabones del aparato del Estado han abandonado, abandonan o van a abandonar mañana las filas del franquismo y exigen « algo nuevo », exigen « un cambio », que les permita mejorar su insostenible situación económica, que les permita decir lo que piensan, que les permita respirar? En **cada uno** de ellos hay una posible fuerza para el Frente Nacional Antifranquista, hay un aliado en potencia al que

debemos acercarnos, ayudarle a ver con más claridad las cosas, ayudarle a utilizar las posiciones legales que tiene para contribuir a minar el régimen y acelerar su caída.

¡Qué importante papel en la descomposición del franquismo pueden jugar, comenzar a jugar, esos cientos de miles de españoles con los que el franquismo montó su monstruosa máquina militar-burocrática-religiosa-sindical-ideológica, con el fin de aprisionar toda la vida española en una inmensa camisa de fuerza, y que hoy impelidos por las insoportables condiciones de vida, impelidos por la presión de las masas populares, que manifiestan con voz cada día más poderosa su descontento y su decisión de cambiar esta situación comienzan a abandonar la nave franquista y a pasar a la oposición! De nosotros, comunistas, depende que aprovechemos esa fuerza, que la ayudemos a dar ese paso, sin que nos detengan prejuicios ni sectarismos, ni ninguna otra consideración, que siempre será muy subalterna ante la consideración suprema de liberar a nuestro pueblo de la tiranía fascista.

Aprovechar con audacia y habilidad a esos aliados potenciales nos facilitará la realización de las tareas que tenemos ante nosotros, la ligazón con las masas obreras y campesinas, con los intelectuales y empleados; nos facilitará la ligazón con los obreros socialistas y cenetistas, con los republicanos y antifranquistas en general. Nos facilitará el orientar a las masas populares, ponernos a su cabeza y conducirlos a las luchas decisivas contra el régimen.

Nuestro Partido ha llegado a su 35 aniversario, después de su histórico V Congreso, pleno de fuerza, de energías, de seguridad en la victoria. Debemos hacer cada vez más fuerte a nuestro Partido que es la garantía principal del futuro democrático y socialista que se aproxima en España. El magnífico análisis crítico de los éxitos y defectos del Partido hecho por el V Congreso nos da la posibilidad de marchar adelante con toda decisión por el camino del fortalecimiento del Partido.

Apoyándonos en los Estatutos aprobados por el V Congreso debemos fortalecer al Partido tanto desde el punto de vista de organización, como desde el punto de vista político e ideológico.

Los miles de comunistas distribuidos por todo el ámbito de España, armados con el Programa y la táctica del Partido aprobados en el V Congreso, somos una fuerza gigantesca si somos capaces de acercarnos profundamente a las masas, si somos capaces de actuar cada uno como un dirigente de las masas. Firmemente unidos en torno a nuestro Comité Central elegido por el V Congreso, en torno a nuestra camarada Dolores Ibárruri, los comunistas somos la fuerza dirigente del poderoso movimiento obrero y democrático español que de nuevo se yergue en toda su talla, la fuerza que llevará a este movimiento a la victoria.

EL IMPERIALISMO YANQUI, ENEMIGO JURADO DE LA DEMOCRACIA, DE LA PAZ Y DE LA INDEPENDENCIA DE ESPAÑA

« Cuando como consecuencia del pacto, aumente la miseria de las masas y encarezca la vida; cuando el valor de la peseta descienda más y más; cuando los impuestos aumenten; cuando la crisis se agudice como consecuencia de la miseria de las masas y de la competencia de los productos americanos; cuando venga el cierre de las industrias que americanos y franquistas consideren « improductivas »; cuando los militares yanquis tomen posesión de las bases y empiecen a insultar y a vejar con su presencia a los españoles; cuando la corrupción del régimen crezca aún más y llegue a límites increíbles, como sucede en todos los países ocupados por los yanquis; entonces, hasta las piedras de nuestra Patria se estremecerán ».

(Del Manifiesto del C.C. del Partido Comunista de España del 1 de octubre de 1953).

LOS acontecimientos que se están sucediendo en nuestra Patria después de la firma del pacto yanqui-franquista, vinieron a darnos la razón. En lugar de los « chorros de oro » anunciados por los vendepatrias franquistas como pago de la entrega del país al yanqui, corren a raudales por España los devaluados billetes de la inflación. Suben las contribuciones e impuestos a ritmos vertiginosos y se resucitan las gabelas medievales de las que no se libran ya ni los árboles frutales, ni las ventanas y canalones de las casas, ni las máquinas de coser, ¡ni el ataúd de los muertos!... que todo va siendo poco para pagar los cuantiosos gastos de guerra del agresor yanqui en nuestra Patria.

Las consecuencias, a la vista están. Los salarios y sueldos de los obreros, empleados y funcionarios modestos del Estado, sufren cada día nuevas mutilaciones en su ya mísero poder adquisitivo, muy por debajo del mínimo vital para su existencia. También se recortan los ingresos de los campesinos y otros pequeños propietarios, de los hombres de profesiones liberales, de los pensionistas y rentistas modestos. Crecen los depósitos de mercancías invendidas, se prodigan los saldos, las suspensiones de pago y las quiebras. Se restringe el crédito y disminuye la inversión de capitales en las ramas de producción pacífica. Multitud de empresas cierran sus puertas, otras reducen personal. Aumenta el paro y la crisis. La crisis con su cortejo fatídico de paro y hambre, ruina y miseria que se enseñorea por todo el país, abarcando una tras otra, las diversas ramas de la economía nacional. Mas ello no es óbice para que las mercancías americanas, libres de impuestos, sigan invadiendo España, donde los monopolistas yanquis obtienen inmensos beneficios en detrimento, claro está, de la burguesía nacional española.

Mientras los monopolistas norteamericanos clavan profundas sus garras en la economía nacional, con ayuda del franquismo que repeta sumiso a sus pies, España se va transformando en un campamento militar al servicio de los imperialistas yanquis promotores de guerras. Se avanza en ella la construcción de bases e instalaciones militares, se eligen los emplazamientos y depósitos secretos para las armas atómicas y de exterminio en masa. Sus barcos de guerra jalonan nuestros puertos y mientras sus aviones a reacción son dueños del espacio aéreo español, su soldadesca jactanciosa y fanfarrona se va instalando en el país, hiriendo con su sola presencia el profundo sentimiento nacional de los españoles que van aprendiendo a odiar todo lo concerniente al imperialismo yanqui: sus bárbaras costumbres, su moral degradante, sus provocaciones de guerra, sus crímenes contra otros pueblos, su irreverencia ante aquello que a nosotros españoles, nos es íntimo y sagrado.

Así, a golpes de miseria y ruina, humillado y ofendido en lo más recóndito de su sentir nacional, el pueblo español, todo entero — en la diversidad de sus clases, grupos y capas sociales que lo componen — está recibiendo una ruda lección de imperialismo, aprendiendo por su propia dolorosa experiencia, qué es y qué representa el imperialismo yanqui que holla nuestros lares.

De esta lección a lo vivo, la inmensa mayoría de los españoles que no han perdido el sentido de la decencia nacional, pese a la labor desmoralizadora emprendida por los portavoces — que alimenta la campaña anticomunista y por ende, antiespañola — extrae sus conclusiones. Y éstas les llevan a condenar a cada uno y a todos los que dividieron sus fuerzas y pusieron todo en juego para ador-

milar su conciencia nacional, facilitando con ello el crimen de lesa patria llevado a cabo por el franquismo.

De esta condenación no escapan ciertos dirigentes políticos descalificados del campo republicano y obrerista, ácratas o reformistas, que hicieron gala, o mercancía, de su anticomunismo manido, paralizándolo la acción del pueblo y dividiendo sus fuerzas, haciéndole concebir falsas ilusiones en la « misión democrática de la intervención de los Estados Unidos en España ». ¡Como si la rapacidad del imperialismo yanqui fuera compatible con la democracia y la libertad de los pueblos!

Durante muchos años, estos hombres, emigrantes de cuerpo y alma, desvinculados de nuestro pueblo, de su lucha y sus sufrimientos, profetas del dejar hacer, predicadores de la pasividad contemplativa, dedicáronse como Trifón Gómez y otros tales, a hacer declaraciones anticomunistas y a romper las culeras de sus pantalones en las antesalas de ciertos allegados a los círculos imperialistas yanquis, implorando a éstos que intercedieran acerca de sus amos a fin de que cambiaran el « anticomunismo cerril de Franco » por un « anticomunismo inteligente » y, que de lo demás, ya se encargarían ellos.

Con el reloj parado desde últimos del siglo pasado, estas gentes, reaccionarias por estancamiento, que no tienen el menor sentido de los cambios históricos que se han producido en el mundo desde entonces, hablan de los Estados Unidos de América como si viviéramos en la época de Washington o Lincoln, cuando la nación norteamericana diera ejemplo de heroísmo y de amor a la democracia y a la libertad en la lucha por su independencia nacional y por la destrucción de la esclavitud que impedía la marcha del país hacia adelante. Con ello, no hacen más que dar muestras del cretinismo histórico más pernicioso que darse puede.

Estábamos ya en 1918 cuando el gran Lenin, saliendo al paso de los apologetas del imperialismo yanqui que gargareaban a cuenta de « la gran democracia americana », decía :

« El pueblo americano que dió al mundo ejemplos de guerra revolucionaria contra la esclavitud feudal, cayó en la época del capitalismo moderno, en la esclavitud asalariada de un puñado de multimillonarios, jugando el papel de verdugo asalariado que en beneficio de la « canalla enriquecida », ahogó en 1898 a los filipinos so pretexto de « liberarles » y que en 1918 trata de asfixiar a la República Socialista Rusa, pretextando « defenderla de los alemanes ».

Como se puede ver, la perfidia es uno de los rasgos del imperialismo yanqui desde que nació.

Nosotros no pretendimos nunca, ni lo pretendemos ahora, que los apologetas del imperialismo yanqui que se llaman demócratas y españoles, tengan en cuenta las lecciones de la historia, ni que enfoquen éstas desde nuestro ángulo visual, de acuerdo con las leyes objetivas del desarrollo histórico. Allá ellos con su cultura histórica y sus conocimientos científicos. Son políticos, o al menos intervienen como tales en la vida de nuestro país, y les hemos llamado y les llamamos a tener en cuenta los hechos políticos acaecidos en España durante los últimos veinte años y la actitud adoptada por los círculos imperialistas yanquis ante ellos.

Sin hablar ya de la ayuda prestada por los círculos financieros norteamericanos a la Dictadura de Primo de Rivera y del vacío que hicieron en torno a la República española de 1931 a 1936, es un hecho manifiesto el papel de primera fila jugado por Estados Unidos en la infame política de « No intervención » que condujo a la asfixia de la República. Es un hecho irrefutable que en los años 1936-37, la Administración de los Estados Unidos prolongó y reforzó la ley aislacionista que vino en ayuda directa de la intervención armada del fascismo italo-germano a favor del franquismo en España. Esta, aplicada a la forma galana de la ley del embargo, sirvió de pretexto para negar a la República española, la venta de armas y pertrechos, mientras que los monopolios yanquis, por intermedio de Portugal, de Italia o de Alemania, e incluso directamente, hacían llegar a la facción franquistaalzada en armas contra el gobierno legítimo de España petróleo y otro mucho material para hacer la guerra. Tampoco faltó a la facción franquista la ayuda económica norteamericana en forma de créditos privados, pues, como ahora se creen obligados a declarar ciertos escualos de la oligarquía financiera yanqui, ellos « sacrificaron » entonces algunos de sus millones para ayudar a Franco a luchar contra ¡el comunismo!...

Destruída la máquina de guerra hitleriana por el heroico Ejército Soviético y restablecida la paz, los imperialistas yanquis y sus satélites en la arena internacional, se opusieron en la O.N.U. a la adopción de las propuestas de la U.R.S.S., tendentes a ayudar al pueblo español a sacudirse del franquismo, aliado de Hitler en la guerra. Y no sólo se opusieron a tomar medidas eficaces, sino que incluso, aquellas otras que bajo la tremenda presión de la opinión democrática mundial, se vieron obligados a aceptar, las sabotearon de la manera más desvergonzada que darse puede.

Por el mundo entero es sabido que durante los años de la postguerra, críticos para el franquismo, los imperialistas yanquis hicieron llegar a éste los créditos privados del « Chase National Bank »

y del « Export-Import Bank », para la compra de petróleo, algodón y otro mucho y diverso material sin el cual el franquismo, aislado entonces como un apestado, no hubiera podido mantenerse en el poder.

El sentido de esta pérvida política yanqui en relación con España hecha — se decía — no en ayuda del régimen de Franco sino ¡del pueblo español!, era, como confiesan hoy sus embajadores, generales, senadores y congresistas, capear el temporal y al socaire de las condenas verbales, ayudar prácticamente al mantenimiento del régimen fascista en España, a cambio de ir ocupando paulatinamente en ella las posiciones que anteriormente había detentado la Alemania hitleriana. El fin de esta política, contraria radicalmente a los intereses del pueblo y de la democracia española, era colonizar España, transformarla en un coto de caza del máximo beneficio para sus monopolios y en una base de guerra al servicio de sus planes de agresión.

En nuestros tiempos no se puede ser demócrata y anticomunista a la vez, de la misma manera que no se puede ser patriota y vendepatria. La burguesía imperialista de cada país, ha tirado por la borda la bandera de la democracia y ha hecho mercancía de la soberanía nacional, que vende o compra según su fuerza. La bandera de la democracia y de los intereses de la patria se encuentra hoy en manos de la clase obrera y de su Partido Comunista y quien se alza contra ellos se alza contra su pueblo y contra su patria. Por esta razón, aquellos de nuestros llamados demócratas que creyeron arribar al poder por el hecho de jugar la carta marcada del anticomunismo, se vieron abocados a la bancarrota.

Incapaces de comprender la nueva época en que vivimos, no vieron o no quisieron ver, que la bandera del anticomunismo torada por el imperialismo yanqui de las manos del hitlerismo yacente, era la envoltura ideológica tras la cual el nuevo pretendiente a la hegemonía mundial, trataba de enmascarar sus planes de avasallamiento y conquista de otros pueblos y naciones. Embelesados por bellas abstracciones acerca de la « libertad humana », del « mundo libre », de la « democracia occidental » que los retóricos del imperialismo yanqui prodigaban y que ellos, aferrados al viejo talmud de la democracia ochocentista, interpretaban como favorable para sí, no llegaron a discernir entre las palabras y los hechos del imperialismo yanqui, que para llevar adelante sus planes necesitaba apoyarse en los círculos más reaccionarios, aventureros y fascistas de cada país, en los Chan-Kai-Chek y Shi-Man-Rhee y otros tales como Franco, que faltos de apoyo popular entregaban su patria al yanqui transformado en gendarme de la reacción mundial, en generador de nuevas guerras.

La firma del pacto yanqui-franquista de traición y de guerra, fa-

cilitada en gran parte por la ceguera de nuestros vapuleados tartarines del anticomunismo, vino bien pronto a confirmar a los ojos del pueblo español, la justeza de nuestras previsiones, que no se basan en los buenos o en los malos deseos, sino en rigurosidad científica del marxismo-leninismo, el hilo conductor que permite desenvolverse a nuestro Partido con acierto, a través de los complejos y contradictorios fenómenos de la vida social contemporánea.

Los comunistas, que nos guiamos por la sólida teoría leninista del imperialismo, confirmada cada día por la práctica, afirmamos que la política antidemocrática e imperialista que sigue consecuentemente Estados Unidos, no se coció debajo del sombrero de Truman o Eisenhower en los años de postguerra. No es el fruto de una coyuntura internacional determinada y pasajera, sino de una exigencia permanente que manifiesta la acción objetiva de la ley económica fundamental del capitalismo monopolista, que exige sin paliativo alguno, como formuló científicamente J. Stalin:

« Asegurar el máximo beneficio capitalista mediante la explotación, la ruina y la depauperación de la mayoría de los habitantes del país dado mediante el avasallamiento y el saqueo sistemático de los pueblos de otros países, principalmente de los países atrasados, y por último, mediante las guerras y la militarización de la economía nacional a la que recurren para asegurar el máximo beneficio ».

Este y no otro, es el motor que impulsa la política imperialista de Estados Unidos, tanto en España como en el mundo entero, desde finales del siglo pasado, cuando el capitalismo entró en su fase última de desarrollo, decadencia y muerte : el imperialismo.

*
**

El paso del capitalismo a su fase superior, imperialista, no fué un simple cambio cuantitativo sino un verdadero salto cualitativo que marca el paso de la burguesía progresiva de la época de la libre concurrencia, a la época del capital financiero ultrarreaccionario, en la que el predominio económico, estatal y político de la oligarquía financiera, marca la ofensiva de la reacción en todos los frentes de la vida social. No comprender esto y seguir como siguen algunos dirigentes republicanos, socialistas y anarquistas en su terco empeño de jalearse la « democracia norteamericana », significa engañarse a sí mismos y engañar a los demás como el fariseo que en los días de vigilia acordaba bautizar carpa a la carne de gallina. A diferencia, claro está, de que aquí el perjudicado no es el dogma sino nuestro pueblo al que pretendieron hacer comulgar con las ruedas de molino de la misión democrática del imperialismo yanqui en España.

Por supuesto, el imperialismo en general y el yanqui en particular, no es una invención comunista. El paso del capitalismo a su fase superior el imperialismo, culminada en las postrimerías del pasado siglo, fué preparada por la marcha del desarrollo histórico de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas. A este desarrollo contribuyó una serie de descubrimientos y conquistas de la técnica como los nuevos procedimientos rápidos de fundición de acero, la aplicación de la química a los procesos de producción, la transmisión de la energía eléctrica a largas distancias y su aplicación a la elaboración del metal, la invención del motor de combustión interna a cuatro tiempos, la turbina de vapor y el motor diesel aplicados a la producción industrial y al transporte, y otras múltiples conquistas que dieron lugar a la aparición de nuevas ramas de producción y al desarrollo general de las fuerzas productivas.

Como resultado de esto, en la última década del siglo 19, el puesto de mando en la producción que hasta entonces correspondía, en lo fundamental, a la industria textil, de baja composición orgánica del capital invertido, fué ocupado por la industria pesada y ante todo por la metalurgia y la construcción de maquinaria. La construcción de la gran industria, planteó una serie de nuevas exigencias y en primer lugar la formación de sociedades anónimas por acciones, pues la creación de grandes empresas y combinados gigantes cuya simple instalación exigía la inversión de inmensos capitales, estaba por encima de las posibilidades del capital individual de los empresarios.

Otra de las exigencias que presentó la gran industria fué el aumento inconmensurable del capital constante avanzado que al exigir un largo período de amortización antes de tornarse en rentable, con el consiguiente riesgo de envejecimiento de la técnica, planteó la necesidad de amortizar rápidamente el capital constante avanzado, mediante la producción en torrente, a fin de acelerar el ciclo de circulación del capital. Esto suscitó, a su vez, con sin igual agudeza, la cuestión de los mercados de venta, el aplastamiento a sangre y fuego del concurrente, la obtención no de cualquier beneficio ni superbeneficio sino del beneficio máximo. Todo ello condujo a la concentración del capital, a la creación de los monopolios, al surgimiento del capital monopolista que se caracteriza por los siguientes rasgos esenciales :

1) Los monopolios, surgidos inevitablemente del enorme grado alcanzado por la concentración de la producción y del capital, pasan a jugar un papel determinante en la vida económica de los países capitalistas, que someten por entero a sus intereses;

2) La fusión del capital bancario con el capital industrial, conduce a la formación del capital financiero y de la oligarquía finan-

ciera, que pasa a detentar el poderío económico y político, supeditando el aparato estatal a los intereses monopolistas y recurre a las formas más brutales de explotación y dominación; arroja la bandera de la patria por la borda, pisotea las libertades democrático-burguesas, pasa a la ofensiva reaccionaria en todos los frentes de la vida social; tiende a frenar las fuerzas productivas en cada país, poniendo de máximo relieve la putrefacción del capitalismo, su carácter parasitario y rapaz;

3) En pos del máximo beneficio que les proporciona la mano de obra barata, las fuentes de materias primas y los amplios mercados de los países coloniales y atrasados, emprenden la exportación en masa de capitales « excedentes » acumulados, a las colonias y países dependientes;

4) Se aviva la lucha por los mercados, las fuentes de materias primas y las zonas de inversión de capitales, entre las grandes potencias imperialistas, lo que conduce a la formación de inmensas agrupaciones monopolistas internacionales que se reparten el mundo en esferas y zonas de influencia;

5) Esto desemboca inevitablemente en el reparto territorial del mundo entre las grandes potencias imperialistas. Mas este reparto, culminado a últimos del siglo pasado, no es definitivo. Las jóvenes potencias imperialistas que llegaron tarde al botín, adelantan en el terreno económico a las viejas potencias que ejercen el monopolio de las colonias y plantean un nuevo reparto del mundo por las armas, mediante la guerra, que en la fase imperialista del capitalismo se hacen inevitables.

*
**

Los Estados Unidos de América no podían escapar a la acción de las leyes objetivas del desarrollo, por lo tanto, su historia, desde que pasó al imperialismo, no fué ni podía ser otra cosa, que una historia de guerras de saqueo y de conquista tendentes a la implantación de su hegemonía mundial a cuyos objetivos subordinó en todo caso su política reaccionaria y agresiva que trató de encubrir tras la máscara de su pasado.

El triunfo de las fuerzas democráticas norteamericanas durante la guerra civil de 1861 a 1865 que abolió la esclavitud y permitió pasar a la colonización en los territorios del Oeste, dió un impulso formidable al desarrollo turbulento de las fuerzas productivas en todo el país. En un plazo breve de tiempo, los Estados Unidos crearon una poderosa industria pesada y a finales de siglo, el capital financiero comenzó a elaborar los planes de lucha por la hegemonía mundial, interviniendo en la arena internacional con la bandera de un nuevo reparto del mundo y esferas de influencia.

En 1898 los Estados Unidos provocaron la primera guerra imperialista por el dominio de las colonias españolas en la zona del Caribe y del Océano Pacífico, guerra que sentó uno de los jalones más importantes que marcaron el paso del capitalismo a su fase imperialista.

A partir de esta época, la consigna de « América para los americanos » proclamada por el Presidente Monroe, el 2 de diciembre de 1823, contra los intentos de « colonización de los países de América por las viejas potencias europeas », se transformó prácticamente en la consigna de « América para los Estados Unidos ».

Tras múltiples intervenciones armadas, redujo y sometió a su dependencia a países como Cuba, Méjico, Puerto Rico, Costa Rica, Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Honduras, Guatemala. Sus monopolios se asentaron como dueños y señores en la economía de los países latino-americanos, deformándola, supeditándola a sus intereses. Practicando la llamada « diplomacia del dólar », organizando motines y cuarteladas, promoviendo al rango de sangrientos dictadores a cualquier general, coronel o politicastro corrompido. Gobernando en estos países por intermedio de sus títeres, reprimiendo a sangre y fuego los levantamientos populares antiimperialistas, persiguiendo sin descanso a las fuerzas democráticas y, desplazando a sus concurrentes ingleses, clavaron su garra rapaz en todo el continente americano, cuyos pueblos, sometidos a la miseria, odian y maldicen al imperialismo yanqui que condena a sus países a la dependencia y al atraso, frenando con ello su desarrollo nacional.

A finales del pasado siglo y al amparo de la llamada « política de puertas abiertas », los Estados Unidos extendieron su expansión al continente asiático. De Filipinas saltaron a China, donde, tras de tomar una parte activa en el aplastamiento de la heroica lucha del pueblo chino, desempeñaron un papel primordial en el desmembramiento y saqueo del país. Acto seguido, la emprendieron con Europa y el resto del mundo.

En 1904, el Presidente Teodoro Roosevelt declaró que los Estados Unidos podrían muy bien verse obligados a ser una « fuerza de policía internacional ». Y efectivamente, así comenzaron a actuar los Estados Unidos en la arena internacional. Siendo uno de los primeros artífices de la primera guerra imperialista, Estados Unidos se reservó el papel de árbitro, obteniendo enormes beneficios con la sangre vertida por otros pueblos. Su objetivo fué debilitar al máximo a sus concurrentes en la lucha por la hegemonía mundial, imponer su paz imperialista e intervenir como un buitre en el banquete de los cuervos. Tal fué el sentido del sistema de paz Versalles-Washington, impuesto por Estados Unidos, único imperialismo, como señaló Lenin, « que salió plenamente ganancioso de la guerra ».

Fracasados los planes de la entente imperialista de aplastar al

joven Poder Soviético, Estados Unidos se entregó por entero a la organización de la guerra contra la U.R.S.S. Los monopolistas yanquis que habían acumulado en sus arcas la mayor parte de las reservas de oro del mundo capitalista, emprendieron la restauración del potencial económico y militar del imperialismo alemán al cual pensaban someter a tutela y transformarle en punta de lanza de la cruzada imperialista contra la Unión Soviética. Tal fué el sentido del famoso plan Dawes, primera variante histórica del Plan Marshall, puesto en vigor en 1924, y el sentido general de toda la política del imperialismo yanqui entre las dos guerras mundiales.

Sin embargo, los planes quiméricos del imperialismo yanqui resultaron fallidos. Después de haber consagrado su política a la preparación de la guerra antisoviética, los Estados Unidos, en virtud de las contradicciones interimperialistas, viéronse obligados, al igual que Inglaterra, a tomar parte al lado de la Unión Soviética en la guerra desencadenada por la Alemania hitleriana y el Japón militarista. No obstante, en ningún momento abandonó el imperialismo yanqui sus fines rapaces en la guerra. Si las cuentas no le salieron tan galanas como se las prometiera, se debe al papel determinante desempeñado por la Unión Soviética en la histórica victoria que salvó a la humanidad de la barbarie fascista, hecho que permitió a una serie de países liberarse de la explotación capitalista y de la opresión imperialista y cambiar la correlación de fuerzas en la arena internacional a favor del campo de la paz, de la democracia y del socialismo.

La segunda guerra mundial que costó a la Unión Soviética muchos millones de vidas humanas y cuantiosas destrucciones, mientras que los Estados Unidos tuvieron en ella menos bajas que víctimas causan anualmente en este país los accidentes de carreteras, fué el « negocio del siglo » de las corporaciones monopolistas yanquis que en el quinquenio de 1941 a 1945 se repartieron 21.500 millones de dólares de beneficios.

Al final de la contienda, los Estados Unidos pasaron a ser definitivamente el centro de la explotación financiera del resto del mundo capitalista sensiblemente recortado y comprimido ; el primer usurero internacional, el primer exportador de capitales, de mercancías y material de guerra. Y, fuera temporalmente de la escena sus más peligrosos concurrentes, Alemania y Japón, debilitado en grado sumo el imperialismo inglés y el francés, ensoberbecidos por lo que ellos creían monopolio eterno de la bomba atómica, los Estados Unidos se lanzaron abiertamente al establecimiento de su hegemonía mundial.

Poniendo al servicio de este objetivo aventurero su política de expansión y de guerra, los imperialistas yanquis batieron de nuevo el tambor de la cruzada antisoviética, tornándose en el eje aglutinan-

te de la escoria fascista y de la reacción imperialista mundial desfavorada ante el poderoso avance de las fuerzas de la paz, de la democracia y el socialismo que cerraron filas en torno a la U.R.S.S., China y las Democracias Populares.

Encubierta con la etiqueta « filantrópica » del Plan Marshall, del Plan de ayuda a los países escasamente desarrollados, etc., la expansión del imperialismo yanqui transcurrió por tres vías fundamentales :

1.) A través de la exportación del capital excedente en los Estados Unidos en forma de créditos y empréstitos que le permiten, no sólo obtener inmensos beneficios a costa del tanto por ciento usurario, sino someter a su dependencia económica y política a los países « beneficiarios ».

2.) Mediante la exportación del capital de producción, por medio de la utilización de una parte de los réditos devengados por sus créditos y empréstitos, en la compra de acciones de las empresas del país dado, o la participación activa en éstas, mediante la entrega de utillaje de segunda mano a cambio de acciones, a fin de dominar las diversas economías nacionales y supeditarlas a los intereses de sus monopolios.

3.) Por medio de la exportación en masa de sus mercancías excedentes, es decir, de la invasión de los mercados de los distintos países, lo que le permite, a la vez que obtiene enormes beneficios, descargar parte de la crisis económica sobre las espaldas de los países « ayudados ».

La penetración económica del imperialismo yanqui en los países sujetos a su « ayuda », preparó el terreno para su vasallaje político-militar. Y los Gibraltarres económicos tardaron muy poco en transformarse a la vez en Gibraltarres políticos y militares al servicio de la agresión fraguada por los nuevos pretendientes a la dominación mundial.

Al Plan Marshall siguió el Pacto Noratlántico y el Plan de ayuda a los países escasamente desarrollados, el Pacto del Pacífico, del Próximo Oriente, etc., etc. Así, los países sometidos a su odiosa tutela fueron agrupados en diversos bloques militares y encuadrados en sus planes de agresión contra la U.R.S.S., China, las Democracias populares y los pueblos que luchan por su libertad e independencia.

Agitando el empleo de las armas termo-nucleares y otras de exterminio en masa, los Estados Unidos rompieron groseramente los tratados y convenios concertados en los tiempos de la coalición antihitleriana y se lanzaron como caballo desbocado, por el camino de la « guerra fría », creando por doquier situaciones de fuerza. Alumbraron el fuego de la guerra de Corea, se anexionaron el territorio chino de Taiwan y otras islas del estrecho de Formosa, creando una situación bélica en aquellos parajes. Prepararon la división de Ale-

mania y el rearme de los revanchistas de Bonn; maquinan nuevas aventuras bélicas contra la China en el sur de Viet-Nam; intrigan para enrolar a nuevos países en el bloque de guerra del Próximo y Mediano Oriente.

A fin de lograr sus fines de expansión y dominio, los imperialistas yanquis redoblan su cínica ingerencia en los asuntos de otros pueblos. Imponen el rearme, azuzan la histeria anticomunista, organizan atentados y crímenes políticos, promueven cuarteladas y conspiraciones palaciegas, tejen redes de espionaje y diversión, corrompen y sobornan y no vacilan, si es preciso, en promover guerras como en Guatemala, para subir al poder a los más despreciables títeres y carreristas del anticomunismo, sin patria ni bandera, que utilizan su ciudadanía para encubrir la nueva forma colonialista puesta en boga por los Estados Unidos que avasallan los países a través de camarillas por ellos impuestas o sostenidas como en la España franquista.

¿Acaso un rapaz de tan negra historia podía transformarse en Arcángel exterminador del fascismo y restaurador de la democracia española?

¿Cómo iban los verdugos de los Rosenberg a ayudar a la democracia española a desembarazarse del verdugo Franco? ¿Cómo iba el Maccarthismo que ahoga los últimos vestigios de la democracia formal americana, a ayudar a nuestro pueblo a reconquistar su libertad?

Sólo gentes que confundieran la tangible realidad con sus locos desvaríos, podían pensar que los imperialistas yanquis, que lanzan a la cárcel o estigmatizan a aquellas personas que contribuyeron con su óbolo al Fondo de ayuda a la República Española, podían ayudar al pueblo español a derrocar al franquismo.

De hecho, la ingerencia de Estados Unidos en España, sólo podía reportar la pérdida de la independencia nacional, el saqueo de nuestra desmantelada economía, la inclusión de España en sus planes de guerra, en los que si nuestro territorio figura como base atómica, nuestro pueblo cuenta como carne de cañón. La calamitosa experiencia de más de año y medio de pacto yanqui-franquista, ha venido a demostrar esta cruda realidad.

*
**

En efecto, aún no hace dos años que se concluyera aquel infamante trato de toma y daca, y España aparece sumida ya en la más abyecta dependencia de los imperialistas yanquis que hacen marchar a cuatro patas a la cuadrilla franquista sujeta a su dictado.

Como contrapartida a la chatarra militar enviada y las mercancías excedentes que los monopolios americanos han creído útil para ellos exportar a nuestra Patria, los franquistas emprendieron la construcción de bases e instalaciones de guerra yanquis en España, empujando la economía española por los cauces de guerra. El resultado inmediato fué el aumento desmesurado de los gastos de Estado como se puede ver por la siguiente dinámica seguida por ellos desde entonces:

1953	22.762.147.700	pesetas
1954	26.000.000.000	pesetas
1955	31.955.956.838	pesetas

Este aumento en creciente progresión de los gastos de Estado, marcha por la línea del crecimiento desorbitado de los gastos improductivos de guerra. El hecho de que en el presupuesto de este año figuren más de 4.000 millones de pesetas para financiar los gastos de la construcción de las bases e instalaciones militares yanquis en España, que los Ministerios de Marina, Ejército y Aire se lleven unos 10.000 millones de pesetas mientras que a los ministerios económicos de Trabajo, Industria, Agricultura y Comercio se consagran en cifras redondas 293, 178, 274, y 462 millones respectivamente, evidencia que el aumento vertical de los gastos de Estado, no tiende a dar satisfacción a los acuciantes problemas económicos del país sino a las exigencias de guerra derivadas del pacto.

En las condiciones en que se encuentra la economía española, atollada en el marasmo de la degradación, los medios para sufragar los gastos de guerra que pesan como una losa sobre ella, solamente podían salir de tres fatídicos aumentos:

1) Aumento de la Deuda Pública; 2) Aumento de los impuestos, contribuciones y gabelas; 3) Aumento de la inflación.

Y así ha sido. La deuda pública que doblará con mucho este año la curva de los 70.000 millones de pesetas, sube a tan rauda velocidad que en el presente ejercicio económico figuran unos ¡seis mil millones de pesetas! que en concepto de pago de los intereses devengados por los empréstitos recibidos, irán a engrosar el caudal de la oligarquía financiera española y yanqui.

En el tiempo transcurrido desde la puesta en vigor del pacto yanqui-franquista, la presión fiscal llegó a tal grado, que salvo la piel que posee y el aire que respira, el ciudadano español paga, siempre en mayor progresión, por todo lo que posee, usa o consume. Con la particularidad de que, cuanto más pobre y explotado es, más paga, y si no tiene con qué pagar contribuye con su trabajo no retribuido, pues el franquismo instauró el pasado año como impuesto la prestación personal de 15 días de trabajo gratuito, restaurando así los « malos usos » propios del feudalismo.

Mas no siendo todo ello suficiente para cubrir las necesidades de los gastos de guerra, el régimen recurrió al procedimiento expeditivo de acelerar la marcha de las máquinas de imprimir billetes, lanzando al mercado en el curso de 1954, más de 4.000 millones de desvalorizadas pesetas.

El resultado fué que a comienzos de la primavera de 1955, el coste de la vida en España alcanzó las cotas más altas de toda su historia. Los artículos de primera necesidad, así como los servicios, vieron subir sensiblemente sus precios. Aquí huelga dar tantos por ciento. Cada ama de casa, cada modesto comprador, sabe por amarga experiencia que el aceite le cuesta este año tres pesetas más que el pasado, que las legumbres secas subieron en más de dos pesetas en kilo, 3 el azúcar, sin hablar ya de la fruta, la carne y el pescado. Que el corte de pelo que le costaba en 1953 cuatro pesetas y en 1954 seis, le cuesta hoy ocho; que el billete de andén que pagaba a 1,50 hace un año, le cuesta hoy tres; que paga más caro el tranvía, el autobús y el tren, las tarifas de agua, gas y electricidad; que le cuesta mucho más enviar una carta, un telegrama o una llamada telefónica; que le sale más caro el cigarillo que fuma, el vaso de vino que se bebe, el pan que se come, la entrada del cine, el periódico... Sabe que por un mismo trabajo, más intenso todavía, pues los yanquis se preocupan de introducir en España sus ritmos de explotación intensiva, el salario o el sueldo llega a mucho menos, que la vida se hace totalmente imposible, que malcome, malviste y malcalza, que su vida sumergida en un mar sin fondo de penuria y sufrimientos, se agota en la miseria. Y clama su simple verdad : ¡La culpa de todo esto la tienen los yanquis!

Como era lógico esperar, y así lo anunció de antemano el Partido Comunista, el empobrecimiento general de las masas de nuestro país condujo a la profundización insólita de la crisis latente en la industria y la agricultura.

Aun no hace dos años que un fabricante de maquinaria textil de Sabadell, comentando la firma del pacto yanqui-franquista decía : « Ahora se arreglará todo, los dólares hacen milagros ». Y efectivamente, hicieron el milagro de cerrar su fábrica y de lanzarle a la ruina, razón por lo cual gritaba no hace mucho a todo aquel que quería oírle : « Malditos sean los yanquis y quien los metió en España para robarla ». Este estado de ánimo basado en la experiencia individual, puede ser la expresión generalizada de la experiencia colectiva de los millares de empresarios arruinados o en trance de serlo. Lo mismo se podría decir de las masas campesinas empobrecidas y proletarizadas, expropiadas o desahuciadas a efectos directos del pacto.

La crisis económica vióse agravada por el hecho de que en vir-

tud del acuerdo yanqui-franquista, España perdió totalmente su independencia económica y en lugar de recibir dólares para comprar en el mercado mundial aquellas mercancías que necesita su economía, recibió en forma de créditos, a pagar en pesetas, las mercancías excedentes de los stocks yanquis que los monopolistas norteamericanos tuvieron a bien desembarazarse de ellas, y que maldita la falta que hacen en nuestra economía. Así en poco tiempo, mientras las trojes de los campesinos estaban repletas de grano sin vender, las almazaras rebosantes de aceite, los depósitos saturados de lana y parte de la cosecha de algodón pudríase en los campos sin recoger, y la leche invendida se utilizaba para ceba de ganado, el franquismo introdujo en España, libre de impuestos, enormes cantidades de trigo, de leche en polvo, maíz, algodón, substancias oleaginosas, lana, queso, semilla de algodón, miles de cabezas de ganado yanqui, dando lugar a la protesta airada de las asambleas generales de las Hermandades de Labradores y Ganaderos y demás entidades económicas del campo que claman al cielo contra tan encallado proceder que tiende a su ruina y a la ruina de la economía nacional.

Mientras tanto, el carácter unilateral de las importaciones españolas en beneficio del capital monopolista yanqui y de los agiotistas franquistas, condujo inevitablemente al cierre o limitación de no pocos mercados exteriores donde se vendían tradicionalmente los productos españoles, ya que Inglaterra, Francia y otros países, al no recibir como contrapartida pedidos españoles se negaron a tomar, o redujeron sensiblemente su compra de naranja, vino, frutas secas, tomates, cebollas, etc. Como resultado de esto se produjo un aumento considerable del déficit de la balanza del comercio exterior, a tal punto que de enero a octubre de 1954 el valor de las exportaciones españolas descendió de 1.178 millones de pesetas oro a 1.145, mientras que las importaciones subieron de 1.475 millones a 1.548 millones de pesetas oro, tendencia que se agudizó aún más en el primer trimestre de 1955. Y mientras en Canarias se arrojan al mar millares de canastas de tomates por no tener acceso al mercado inglés, las exportaciones de naranja, vino, frutas secas, no llegan este año a la mitad de 1953, al mismo tiempo que los mercados del Próximo Oriente se cierran casi por entero para los textiles españoles.

Y es que de la compra forzosa por España de aquellos productos que al yanqui le da la gana, no sólo se resiente la agricultura sino también la industria. Al dejar de comprar trigo a Turquía, este país se negó a comprar los tejidos españoles, ocurriendo lo mismo con Egipto, por cuanto la España franquista, saturada de algodón yanqui, dejó de adquirir algodón egipcio. Mas no para aquí la cosa. La compra forzosa de laminado norteamericano, causó la crisis del la-

minado español provocando la protesta de « Altos Hornos » de Vizcaya; la importación masiva de carbón y fuel-oil yanqui, creó la aguda crisis del carbón nacional, originando la alarmada protesta del grupo financiero « Carbones Asturianos » que tiene decenas de miles de toneladas de carbón acumuladas en las bocaminas y amenaza con el cierre de pozos y el despido en masa de los mineros.

Mientras sigue rodando la crisis, haciendo bola de nieve, por la pendiente de la devastada economía española y se ciñe sobre España más y más el dogal de la dominación yanqui, el pueblo español, que ve con alarma los preparativos de guerra, se da cuenta que de seguir así las cosas, el desastre mayor está aún por venir.

Considerando « Mare Suyo » el « Mare Nostrum » Mediterráneo, la VI Flota yanqui redobla sus maniobras y desembarcos en las costas levantinas, donde provoca la alarma y la indignación de la población que toma conciencia del grave peligro que se cierne sobre ella. La población de Barcelona comprende que la horadación de los bos de Montjuit, puede estar en relación con la creación de depósitos de armas atómicas en nuestra patria. Al pueblo aragonés no se le escapa que la construcción del oleoducto Rota-Zaragoza, unido a la ampliación de la base aérea de Garampinillos, a la colocación de instalaciones Radar en los picos de la serranía del Vivar, así como la perforación del macizo del Fresno, sólo puede estar en relación con la creación de una base de bombardeo atómico y esto es lo que dice allí el pueblo, que no oculta su indignación y espanto por el crimen monstruoso que perpetran los bandidos yanqui-franquistas en España. El mismo estado de ánimo se va creando por doquier : en Toledo, en Ciudad Real y en Sevilla, en Madrid y en todas partes donde la población ve proyectarse la sombra fatídica de las bases de guerra yanquis.

A atizar la histeria de guerra, a sembrar el pánico y la alarma, vienen las declaraciones incendiarias de los generales y almirantes yanquis, las provocaciones y situaciones de fuerza que crean sistemáticamente los Estados Unidos, los discursos de Franco llamando a la « cruzada » antisoviética, la campaña belicosa de la prensa, las películas, la literatura negra yanqui y toda su repugnante obra de penetración ideológica y « cultural » que tanta indignación causa a los intelectuales y todo nuestro pueblo, que comprende que todo ello forma parte de la campaña de desmoralización nacional, tendente a hacerle aceptar como inevitable la « dirección yanqui » y la monstruosa guerra atómica que preparan en nuestro territorio.

Mas no cayó por ello nuestro pueblo en la desesperación, y pese a la traición de unos y el engaño de otros, comprende cada vez más la razón que asistía a los comunistas, al denunciar el pacto yanqui-franquista como pacto de dependencia y humillación nacional, pacto de saqueo y ruina, pacto de guerra. Y de su toma colec-

tiva de conciencia surgen millones de voces que claman su indignación al grito de ¡Abajo el franquismo! ¡Fuera de España los yanquis!

Los comunistas teníamos razón al prever, con mucho tiempo de antelación, las desastrosas consecuencias que iba a tener para España el pacto yanqui-franquista. Constatamos el hecho, por lo aleccionador que es, pero no nos jactamos. Hemos cumplido nuestro deber como adelantados que somos en la lucha de la clase obrera, dirigente y conciencia vigilante de nuestro pueblo.

Los imperialistas yanquis sólo podían intervenir brutalmente en nuestra vida nacional en son de saqueo y conquista, en son de guerra. Apuntamos el mal y señalamos el remedio llamando a todas las fuerzas obreras, democráticas y patrióticas, a cerrar filas y a crear el Frente Nacional Antifranquista de lucha por la independencia y soberanía nacional. Y ello, independientemente de sus objetivos de clase, que su derecho es defender, de sus banderías políticas, de sus convicciones religiosas, de su concepción del mundo, pues todo esfuerzo mancomunado es necesario cuando se trata de salvar a España de la inconmensurable catástrofe que le amenaza. Tal es nuestra inquebrantable posición formulada en la Plataforma del Frente Nacional aprobada en el ya histórico V Congreso del Partido Comunista de España.

Abogamos en ella por la creación de un amplio Frente Nacional Antifranquista cuyos objetivos sean el derrocamiento del franquismo y la formación de un gobierno provisional revolucionario, integrado por todos los partidos y organizaciones que participen en dicho Frente Nacional. Estimamos que la misión de este Gobierno debería ser, entre otras cosas, el restablecimiento de las libertades democráticas, la derogación de los tratados suscritos por el gobierno franquista con los Estados Unidos el 26 de septiembre de 1953 y de cuantos acuerdos atenten a la soberanía y la independencia nacionales u obliguen a España a servir directa o indirectamente los planes de guerra de los imperialistas yanquis; el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, comerciales y culturales con todos los países; la promulgación de una ley electoral provisional de acuerdo con los principios generales del sufragio universal, directo y secreto y la convocatoria de elecciones libres y democráticas para elegir una asamblea constituyente en la que el pueblo soberano, por medio de sus representantes, dé a España el régimen que crea por conveniente.

El Partido Comunista no oculta su posición republicana por principio ni su voluntad de lucha por la restauración de la República Democrática en España que barra los restos feudales y tome medidas tendentes al mejoramiento radical de las condiciones de vida del pueblo, y emprenda la reconstrucción de la economía nacional arruinada por el franquismo y saqueada por el yanqui. No exige a

fuerza política alguna que renuncie a su propio programa, mas estima que una vez derrocado el franquismo y establecidas las libertades públicas, la norma política entre las diversas fuerzas debe ser el respeto y acatamiento a la voluntad popular libremente expresada. Y a esta norma ajustará su conducta.

Tales son los rasgos esenciales de la plataforma del Frente Nacional Antifranquista que el Partido Comunista está dispuesto a discutir con todos los partidos y organizaciones opuestos al franquismo en la lucha por la independencia nacional, la paz y la libertad de España.

Decía — dirigiéndose a Franco en tono de amargura —, uno de los dirigentes monárquicos opuestos al franquismo : « Esperamos que no sean los comunistas los que nos traigan la independencia nacional ». Independientemente del sentido que a la frase se quiso dar, los comunistas consideramos que jamás el rescate de la independencia nacional de un país sojuzgado por el invasor, pudo ser ni puede ser obra de un solo partido, ni siquiera de una clase. El rescate de la soberanía nacional sólo puede ser el resultado de la lucha común de todo un pueblo, de todas las clases, grupos o capas sociales que lo integran, que aun teniendo su razón de ser en los intereses opuestos que las enfrentan en la vida social, necesitan unirse, incluso para defender estos intereses, por cuanto la condición esencial para el libre desenvolvimiento de toda la sociedad, es la independencia nacional.

Así ocurrió por ejemplo, por no calar hondo en nuestra historia, que está repleta de hechos aleccionadores, en la guerra de la Independencia Española, a principios del pasado siglo. Así pasó en cada nación ocupada por los hitlerianos, en los años de la segunda guerra mundial. Así se va sedimentando hoy por doquier, el frente nacional de lucha de los pueblos contra los sojuzgadores yanquis.

Y es que la independencia nacional, incluso en las condiciones de la división de los pueblos en clases antagónicas y de la lucha de clases, que no cesa un solo instante de manifestarse, es la premisa indispensable para el desarrollo nacional. Y este es el caso de España que sin sacudirse el yugo de la dominación yanqui y arrojar por la borda al régimen franquista que la personifica, no podrá restaurar la democracia ni abrir paso al progreso económico, social y cultural que necesita y clama cada vez más por sus fueros.

Esta no es por nuestra parte una posición táctica, más o menos pasajera, sino la posición inquebrantable de principios, por cuanto no es posible el desarrollo social sin independencia nacional.

Si los comunistas hemos sido los primeros en levantar la bandera de la lucha por la independencia nacional, si estamos en la primera fila de la lucha contra el franquismo y el imperialismo yanqui, opre-

sor de nuestra patria, si somos la primera fuerza política que ha presentado ante nuestro pueblo un programa de Frente Nacional de lucha, no se debe a martingala alguna como ciertos maquiavelos de café pretenden. La lucha de los pueblos por su libertad e independencia demuestra, que el núcleo aglutinante de su voluntad de lucha, su guía y dirigente, el portavoz genuino de los intereses nacionales, fué siempre la clase ascendente. Y si éste fué el papel jugado por la burguesía liberal española y su Partido, en los años de la invasión napoleónica, en la época del capitalismo ascendente, este papel lo juega hoy la clase obrera y su Partido Comunista, espina dorsal de la democracia española en nuestros tiempos, representante genuino de los intereses de la nación, cuyo inevitable porvenir democrático y socialista representa.

Saliendo al paso de ciertos mixtificadores que en uno u otro aspecto pretenden desvirtuar nuestra naturaleza, decimos que nosotros los comunistas, internacionalistas insobornables, no tuvimos nunca nada que ver con el nihilismo nacional. Somos patriotas porque luchamos por la felicidad y el bienestar de nuestro pueblo en una España libre y democrática. Y hoy como siempre, el patriotismo de una u otra clase, de uno u otro partido, no se mide por las palabras, sino por la actitud que adoptan ante el pueblo. Y de la misma manera que no puede llamarse « nacional » quien vende por dólares la nación, no puede llamarse patriota quien condena al hambre, a la miseria y a la muerte al pueblo, al héroe de todas las gestas nacionales, al creador de todos los valores materiales y culturales de la Patria.

Representamos los intereses de la nación, porque éstos se cifran ante todo y sobre todo, en la necesidad de la reconquista de la independencia nacional de España, en la restauración de su soberanía nacional, en el mantenimiento de la paz y el desarrollo democrático del país, ya que sólo un régimen democrático surgido de la voluntad del pueblo, puede abordar y resolver con éxito la inmensa obra del resurgir nacional, económico y cultural de España.

Y por cuanto el Frente Nacional Antifranquista al darle un programa común de lucha, permitiría a nuestro pueblo movilizar el caudal de su inconmensurable energía, hemos luchado y lucharemos infatigablemente por el Frente Nacional, pues éste y solamente éste podría reunir la fuerza social capaz de abatir al franquismo y hacer triunfar tan elevados objetivos.

Y es que, sin una España española, gobernada por españoles que representen la libre voluntad soberana del pueblo, y no por sátrapas impuestos y sostenidos por el extranjero, como ocurre con el franquismo, no podrá haber progreso social, económico ni cultural en España, pues estas son plantas que no florecen en tierra hollada por el invasor yanqui.

LOS PUEBLOS DECIDIRAN EL DESTINO DE LA PAZ Y DE LA CIVILIZACION

Publicamos a continuación un amplio extracto del artículo aparecido en el número 4, de marzo de 1955, del « Comunista », órgano teórico del Partido Comunista de la Unión Soviética.

LA llamada política de las « situaciones de fuerza », llevada a cabo por los imperialistas americanos y sus aliados, encuentra una expresión concreta en todos esos hechos. En fin de cuenta, ello se reduce a una política exterior e interior que tiende a la preparación de una nueva guerra. Pero esta política agresiva es rechazada, no sólo por las amplias masas populares, sino también por una fracción de las clases acomodadas que han conservado su sentido común y el sentimiento de la realidad.

SITUACION DE FUERZA Y GUERRA IMPERIALISTA

Actualmente, no les es tan fácil a los imperialistas desencadenar una guerra de agresión. Los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » no pueden dejar de comprender que para la guerra que preparan necesitarán soldados, y retaguardias sólidas y seguras. Sin embargo, por su carácter y sus objetivos, esa guerra no podrá ser, en lo que les concierne, más que una guerra imperialista dirigida contra los intereses vitales de los pueblos del mundo entero. No hay que contar con que los pueblos sostengan esa guerra. Por eso, en la política de las « situaciones de fuerza », desempeña un papel esencial la propaganda que se realiza, aprovechando diferentes medios, con el objetivo de intimidar a las masas populares con mentiras, de engañarlas, para después arrastrarlas a una nueva guerra mundial.

« La fuerza, según la representación burguesa, es cuando las masas marchan ciegamente al combate, sometiéndose a las órdenes de los gobiernos imperialistas ». (Lenin)

LA PROPAGANDA DE LOS MEDIOS AGRESIVOS

Teniendo en cuenta el odio de los pueblos a la guerra imperialista, los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » se

afanan, en primer lugar, por disimular a los pueblos sus verdaderos objetivos. Para ello, aprovechan todos los medios a su disposición: publicación de documentos diplomáticos reunidos de forma adecuada, intervenciones de altas personalidades oficiales, la desinformación que se extiende por medio de la prensa, la radio, las publicaciones que van desde las « investigaciones » en varios volúmenes hasta los pequeños folletos de propaganda, obras de sabios lacayos y de periodistas a sueldo. Todo el inmenso aparato de la propaganda imperialista se ingenia diariamente en moldear la opinión pública, esforzándose por disimular los designios agresivos de los instigadores de una nueva guerra.

Con ese objetivo, la propaganda imperialista utiliza ampliamente una fraseología pacífica. En sus discursos e intervenciones, los organizadores de bloques agresivos no cesan de jurar su fidelidad a la causa de la paz y de la seguridad colectiva. No hay ni una intervención de los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » que no termine con juramentos y afirmaciones de ese género. Ello les es necesario para disimular, con palabras de amor a la paz, sus actos reales tendentes a romper las relaciones pacíficas entre los pueblos y a minar las bases de la seguridad.

La propaganda de los medios agresivos, desde las intervenciones de altas personalidades oficiales hasta los escritos de los pequeños chupatintas es utilizada para engañar a las amplias masas populares. La tesis engañosa, desenmascarada hace tiempo, de la « amenaza comunista » es como antes, la carta principal utilizada en esa propaganda. Esta tesis, ya usada por los hitlerianos, es empleada de nuevo puesta por los imperialistas para hacer pasar la preparación de una guerra de agresión, como la defensa frente a una amenaza mítica. Los propagandistas de una nueva guerra deducen que así les será posible engañar a los pueblos y obligarles a combatir contra la Unión Soviética y los demás países del campo del socialismo.

Según la fórmula : « **Llama a lo negro blanco, alguien habrá para creerlo** » la propaganda imperialista se desvive por probar que los bloques y los agrupamientos militares, que constituyen los medios agresivos de EE.UU., así como la carrera armamentista, no son, según dicen, el medio de preparar una nueva guerra, sino el medio para reforzar la paz. Según esta misma fórmula, el rearme de los revanchistas y de los militaristas de Alemania occidental es presentada como una medida con objetivos pacíficos.

EL CHANTAJE CON LAS BOMBAS A Y H

Uno de los medios de preparación de una nueva guerra es el chantaje con las bombas atómicas y de hidrógeno. Cuando los im-

perialistas creían detentar el monopolio de la bomba atómica, esperaban, gracias a este monopolio, crear el mito de su omnipotencia y de su invencibilidad.

Como se sabe, todos los cálculos en este orden no han resistido a la prueba del tiempo. Por fortuna para la humanidad, los EE.UU. no sólo no disponen de la supremacía en lo referente a las armas atómicas, sobre las cuales está fundada toda la estrategia mundial de los instigadores americanos de la « política de fuerza », sino que descubren su retraso con relación a la Unión Soviética.

Cuando se hizo evidente la quiebra de los cálculos de los instigadores de una nueva guerra basados en la esperanza que tenían de poseer el monopolio de las armas atómicas y de hidrógeno, éstos empezaron a recurrir en su propaganda a nuevas maniobras sútiles para enmascarar sus objetivos reales, para intimidar y desorientar a los pueblos.

Las cosas han llegado a tal punto que los partidarios de la política de las « **situaciones de fuerza** » tratan ahora, igualmente, de utilizar en interés propio, en interés de la preparación de una nueva guerra, la aspiración de los pueblos a la paz, su profunda ansiedad en cuanto al destino de la humanidad. A este propósito, no se puede dejar de prestar atención al hecho de que ciertas personalidades del campo imperialista se ingenian por preparar una guerra atómica y, al mismo tiempo, hacen falsas declaraciones según las cuales la futura guerra (que ellos mismos están preparando) tendría como consecuencia « **la ruina de la civilización mundial** ».

Por ejemplo, el Secretario de Estado de EE.UU., Foster Dulles, hablando ya en septiembre de 1953 de las posibilidades de las armas atómicas y de hidrógeno, ha declarado en la Organización de las Naciones Unidas : « **Los sabios físicos han descubierto ahora medios que, en las condiciones de su desarrollo ulterior, pueden aniquilar toda vida sobre el planeta** ». Poco después, el 8 de diciembre de 1953, el Presidente de EE.UU., Eisenhower, ha dicho en un discurso pronunciado en la sesión plenaria de la Asamblea General de la O.N.U. que está convencido de que la « **civilización sería aniquilada, que la herencia irreemplazable de la humanidad, transmitida por generaciones, sería aniquilada** ». En fin, no más tarde que en marzo de este año, el líder de los laboristas de derecha, Attlee, ha declarado a la Cámara de los Comunes que « **la guerra nuclear sería el suicidio de la civilización** ». Declaraciones de ese género se encuentran a menudo en las intervenciones de otros partidarios destacados de la « **política de fuerza** » tanto de EE.UU. como de Inglaterra y en otros países del bloque atlántico. Juicios sobre la pretendida « **ruina de la civilización mundial** » llenan los periódicos,

las revistas, los folletos y los libros de los apologistas del imperialismo.

¿Por qué lloran sobre los destinos de la civilización?

¿Qué ha pasado? ¿Por qué, de pronto, sentir necesidad de verter lágrimas sobre los destinos de la civilización mundial? ¿Quizá han comprendido en realidad la amenaza de una nueva guerra y están dispuestos ahora a renunciar a prepararla? ¿Quizá los imperialistas han dejado súbitamente de ser imperialistas? ¿Quizá han empezado a preocuparse por el bien de los pueblos y la prosperidad de la civilización mundial?

En realidad, no hay de eso. Ahora, como siempre, los intereses de los pueblos, los intereses de la civilización mundial en nada les preocupa. Las palabras de Lenin : « ...**En Occidente reina la burguesía imperialista, ya podrida, en sus tres cuartas partes, dispuesta a vender su « civilización » a no importa qué aventurero por medidas de « rigor » contra los obreros, o por un porcentaje sobre los beneficios** », conservan una actualidad completa en nuestros días.

¡No!, el destino de la civilización mundial no preocupa a los partidarios de la « política de fuerza ». Si tal fuese el caso, darían su asentimiento a la prohibición y destrucción de las armas atómicas y de hidrógeno, a la reducción de los armamentos y de las fuerzas armadas, renunciarían a constituir bloques agresivos, a organizar bases militares en los territorios extranjeros y entrarían por la vía de la creación de un sistema de seguridad colectiva, en el cual participarían todos los Estados independientemente de su régimen social.

Como se sabe, nada de esto se ha producido. Lo que se ha producido es diametralmente lo contrario.

En los mismos discursos e intervenciones de los que preconizan la « **política de fuerza** », donde desarrollan sobre todos los tonos el tema de la « **ruina de la civilización mundial** », se pueden encontrar a menudo llamamientos directos a la carrera armamentista, al lanzamiento de bombas atómicas y de hidrógeno sobre la población pacífica de los países de Europa y de Asia que se han liberado del yugo capitalista. Los actos de los partidarios de la « **política de fuerza** » demuestran de forma más convincente aún que esas declaraciones y esos llamamientos, su orientación agresiva hacia la preparación de la guerra. Constituyen, como antes, bloques militares, intensifican la carrera armamentista, agravan la tensión internacional.

Todo esto sumado prueba que esas declaraciones de los políticos « occidentales » nada tienen de común con la preocupación por la paz y por el bienestar de los pueblos. ¿Qué objetivos persiguen pues,

al razonar sobre la « ruina de la civilización mundial? No es difícil descurbrirlo.

PRIMER OBJETIVO : LOS BLOQUES MILITARES

Primero, con tales razonamientos, los instigadores de la guerra tratan de mostrarse ante los pueblos como hombres que se preocupan por los intereses del progreso de la humanidad. Haciéndose pasar por los campeones de la paz y del progreso, se apresuran a declarar que, precisamente en nombre del « mantenimiento de la paz y de la salvaguardia de la civilización » es necesario, con más persistencia aún, constituir bloques y agrupamientos agresivos, cercar con un celo creciente a los países del campo del socialismo con bases militares, intensificar aún más la carrera armamentista, fabricar más bombas atómicas y de hidrógeno.

Las intervenciones de los generales americanos Mac Arthur y Grünther, así como las del mariscal inglés Montgomery y de otros organizadores y propagandistas más activos de la guerra atómica — considerados ya desde ahora por los pueblos como los principales nuevos criminales de guerra —, son extremadamente características en ese sentido. Se esfuerzan con toda sus fuerzas por demostrar que la existencia de las armas atómicas es suficiente en sí para suprimir la amenaza del desencadenamiento de una nueva guerra y afirman que por ello, conviene « en el interés del mantenimiento de la paz, intensificar aún más la carrera de los armamentos atómicos en en los países del bloque americano-inglés.

Tales declaraciones se hacen con la evidente intención de engañar », intensificar aún más la carrera de los armamentos atómicos necesidad de sostener la medidas de agresión emprendidas.

SEGUNDO OBJETIVO : IMPONER SUS « DIKTATS »

Segundo, al razonar sobre la « ruina de la civilización mundial » diciendo que es inevitable en caso de guerra, los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » tratan de amedrentar e intimidar a aquellos contra quienes preparan una nueva guerra. Piensan obligar a los países del campo del socialismo, bajo la amenaza de la « ruina de la civilización » a renunciar a su política independiente, a capitular ante las exigencias de los agresores. Este cálculo se basa en la esperanza carente de todo fundamento y que ha fracasado reiteradas veces, de que encontrarán en los países del socialismo y de la democracia hombres con nervios débiles y vacilantes, con los que podrán hablar el lenguaje del « diktat » y del ultimatum.

No es difícil imaginarse de qué manera querrían los imperialistas emplear esta forma de chantaje. Su mecanismo es de una sencillez infantil: los agresores presentan reivindicaciones en la forma de un ultimatum, dirigidas contra los intereses vitales de los pueblos de los países del campo del socialismo; y las subrayan indicando que en caso de ser rechazadas esas reivindicaciones, ellos, los agresores, empezarán entonces una guerra atómica. Sus intenciones se presentan del modo siguiente: los hombres con nervios débiles y vacilantes (en este caso cuentan con estos últimos) en nombre de la « salvaguardia de la civilización » darán su asentimiento a todas sus reivindicaciones y los imperialistas conseguirán sin dificultades establecer la hegemonía mundial del sistema capitalista. ¡Todo tan sencillo!

Los cálculos de los agresores están contruídos sobre la arena, están penetrados de un aventurerismo evidente, y reflejan su negativa persistente a tomar en cuenta la realidad, que consiste en que todas las esperanzas de edificar relaciones con los países del campo del socialismo sobre la base de la amenaza y de la política del « dik-tat », siempre han fracasado y fracasarán en el futuro. Pero los aventureros no serían aventureros si partiesen de la realidad y no de esperanzas y de cálculos quiméricos.

La política de amenaza y de intimidación que los medios agresivos de EE.UU. tratan de llevar a cabo, no es de ningún modo una señal de su fuerza.

Al contrario, demuestra su desconfianza y su miedo al porvenir.

TERCER OBJETIVO: INTIMIDAR A LAS MASAS TRABAJADORAS

Los razonamientos de los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » sobre la inevitabilidad de la « ruina de la civilización mundial » les sirve como instrumento de intimidación y de chantaje entre las masas trabajadoras que en los país capitalistas luchan contra la explotación, e igualmente, como medio de intimidación y de chantaje entre los pueblos coloniales y dependientes. Aquí, el cálculo de los aventureros consiste en quebrantar la voluntad de los trabajadores en lucha contra el régimen capitalista ca-duco, en incitarles a renunciar a la lucha de clases y en incitar a los pueblos de los países coloniales y dependientes a renunciar a la lucha de liberación nacional; a quitarles la seguridad que tienen en la salida victoriosa de su lucha, con la amenaza de « la ruina de la civilización mundial ».

Aún hay otra razón a la cual responden las declaraciones de los ideólogos y propagandistas burgueses sobre « la ruina de la civilización mundial ». La burguesía imperialista es una clase que ha

caducado y que se esfuerza por confundir su ruina inevitable con la de la humanidad en general.

En este aspecto, no se distingue en nada de las otras clases que han dominado antes que ella, sean los esclavistas o los feudales. Y esas clases, en vísperas de su desaparición, habían proclamado, por boca de sus ideólogos, que el aniquilamiento de su supremacía de clase conduciría al caos, al fin del mundo, a la ruina de la civilización.

La ideología de las clases en descenso es decadente y por ello es profundamente extraña a las clases ascendentes, a las clases a las que pertenece el porvenir.

Sin embargo, sería injusto estimar que esta ideología es incapaz de ejercer una influencia nociva. La experiencia de la historia prueba que la ideología reaccionaria es siempre utilizada por las clases caducas para prolongar su dominio. En eso reside su peligro. No se puede dejar de tener en cuenta el hecho de que los razonamientos sobre « la ruina de la civilización mundial » inevitable en caso de guerra, son igualmente necesarios a los ideólogos y a los prácticos del imperialismo, además de todo el resto, para intoxicar la conciencia de los pueblos por medio del fatalismo, para sembrar en ellos un profundo pesimismo, para arruinar su optimismo en cuanto a su porvenir, para inculcarles sentimientos serviles e impotentes, para privarles de perspectivas y minar su fe en la victoria de lo que es nuevo, de lo que nace y se desarrolla, sobre lo que es viejo y se descompone. Precisamente con este objetivo se extienden entre las masas ideas desmoralizadoras como ; « **¿Para qué luchar? ¡No se puede hacer nada! ¡Será el fin del mundo!** »

Tal es, en sus rasgos principales, el verdadero sentido de los razonamientos de los partidarios de la política de las « situaciones de fuerza » respecto a « la ruina de la civilización mundial ». La incompreensión del sentido y de los verdaderos objetivos de tales razonamientos puede intimidar y desorientar a los pueblos, impedir su lucha por la paz, por el progreso social, por un porvenir mejor para la humanidad.

LOS PUEBLOS NO SE DEJARAN SORPRENDER

El peligro de la tesis « la ruina de la civilización mundial » se agrava por el hecho de que, en su base, está la especulación fraudulenta de los instigadores de guerra sobre el profundo interés de los pueblos en el mantenimiento de la paz, su ardiente deseo de prevenir las terribles consecuencias de la guerra atómica que preparan los imperialistas. Este hecho explica igualmente en gran medida que la tesis de « la ruina de la civilización mundial » haya sido creída

y haya podido extenderse incluso entre algunos de los que luchan contra la guerra y sus instigadores imperialistas.

Hay gentes que se han mostrado inclinadas a creer en la « fuerza absoluta » de las armas modernas de destrucción masiva, a sobrestimar la fuerza de los instigadores de guerra y a subestimar las fuerzas que luchan por la paz y por liberar a la humanidad de la amenaza de la guerra. Esas gentes no han sido capaces de descubrir a tiempo el verdadero sentido y los objetivos de la fábula sobre « la ruina de la civilización mundial » difundida por los apologistas en sus intervenciones orales y escritas.

Por grande que pueda ser la gravedad de las consecuencias de la guerra atómica, no hay que confundirla con « la ruina de la civilización mundial ».

Tal confusión lleva, intencionadamente o no, agua al molino de los imperialistas americanos. Puede engendrar en los combatientes de la paz una idea errónea, según la cual la guerra atómica es tal que los instigadores de guerra no se atreverán a emplear sus bombas, puesto que no querrán suicidarse. Tales ideas atenúan la vigilancia de los pueblos frente a los que preparan la guerra atómica y querrían coger a los pueblos desprevenidos. Por ello, está claro que no se puede permanecer indiferente ante esas ideas.

Los intereses del reforzamiento de la paz exigen una lucha decisiva contra la tesis de « la ruina de la civilización mundial ».

La justa explicación de la cuestión de las perspectivas del desarrollo histórico ulterior, de la relación de fuerzas en la arena mundial tal como es actualmente, tiene una gran importancia. Da confianza en el éxito de la lucha por la paz y el progreso que llevan a cabo la clase obrera y las amplias masas populares unidas en torno a ellas.

EN CASO DE GUERRA ATOMICA ES EL REGIMEN CAPITALISTA EL QUE DESAPARECERA

Sería injusto subestimar las graves consecuencias de la guerra atómica que preparan los imperialistas, pero sería más erróneo aún pensar que en caso de producirse esa guerra, desaparecería « la civilización mundial ».

Nadie puede negar que las consecuencias de una nueva guerra pueden ser mucho más destructoras incluso que las de la segunda guerra mundial que ha costado millones de vidas humanas, sin hablar de las innumerables pérdidas materiales causadas a los pueblos. La situación se ha complicado por el hecho de que, después de la guerra, han sido añadidas al arsenal de las armas de guerra, instru-

mentos de destrucción masiva de los hombres, tales como las bombas atómicas y de hidrógeno. La fuerza de destrucción de esas armas ha sido puesta de manifiesto no sólo por las deducciones teóricas de los sabios especialistas en cuestiones atómicas, sino por el empleo de las bombas atómicas por los imperialistas americanos contra la población indetensa de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Las experiencias de bombas atómicas y de hidrógeno efectuadas estos últimos tiempos han mostrado que en el curso de los años transcurridos ha aumentado varias veces la fuerza destructora de esas armas.

¶ Pero ¿significa eso que en caso de una guerra atómica y termónuclear la « civilización mundial » sería aniquilada ?

No, de ningún modo.

No es la « civilización mundial » la que desaparecería, sino el régimen capitalista en descomposición y que ha caducado, el régimen capitalista que engendra las guerras imperialistas y que está basado en la explotación de los trabajadores y de los pueblos oprimidos.

COMO ABORDAR LA CUESTION DEL DESTINO DE LA HUMANIDAD

No se puede abordar la cuestión del destino de la humanidad como una cuestión relativa sólo al desarrollo de la técnica y de la ciencia. Es ante todo, una cuestión social referente a los intereses vitales de la sociedad. El destino de la sociedad humana, su porvenir, no dependen solamente de la técnica y de las posibilidades de ésta, sino en primer lugar, del estado y del nivel alcanzados por la lucha de clases entre las fuerzas progresivas y las fuerzas reaccionarias, antipopulares.

De hecho, el desarrollo de la ciencia y de la técnica y en particular la posesión de la energía atómica y la adquisición de los medios de utilizarla con fines pacíficos, lejos de constituir un peligro, abre nuevas posibilidades inmensas para un progreso más rápido.

Como se sabe, la ciencia y la técnica tienen como tarea facilitar el trabajo de los hombres, facilitar el mejoramiento de su vida.

La energía atómica, como todos los demás descubrimientos científicos y las adquisiciones técnicas, no son peligrosas más que cuando se hallan en manos de las fuerzas sociales que pueden utilizarlas para la desgracia de la humanidad.

Actualmente, esas fuerzas son los círculos imperialistas agresivos, en primer lugar, el imperialismo americano.

DECLARACIONES DE LOS GOBIERNOS DE LA UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS Y DE LA REPUBLICA POPULAR FEDERATIVA DE YUGOSLAVIA

La Delegación del Gobierno de la U.R.S.S., integrada por N.S. Jruschev, miembro del Presidium del Soviet Supremo de la U.R.S.S. y Primer Secretario del C.C. del P.C.U.S.; N.A. Bulganin, Presidente del Consejo de Ministros de la U.R.S.S.; A. I. Mikoian, Primer Vicepresidente del Consejo de Ministros de la U.R.S.S.; D.T. Shepilov, Presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros del Soviet de Nacionalidades del Soviet Supremo de la U.R.S.S., miembro del C.C. del P.C.U.S. y director de « Pravda »; A.A. Gromiko, Primer Viceministro de Negocios Extranjeros de la U.R.S.S., y P.N. Kumin, Viceministro de Comercio Exterior de la U.R.S.S., y la Delegación de la R.P.F.Y., integrada por Iósip Broz-Tito, Presidente de la R.P.F.Y.; Edvard Kardelj, Vicepresidente de la Veche Ejecutiva Federal (V.E.F.); Alexandr Ránkovic, Vicepresidente de la V.E.F.; Svetozar Vukmanovich-Tempo, Vicepresidente de la V.E.F.; Mialko Todorovic, miembro de la V.E.F.; Koci Popovic, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores de la R.P.F.Y., y Velko Micunovic, Vicesecretario de Estado de Relaciones Exteriores de la R.P.F.Y., han celebrado del 27 de mayo al 2 de junio de 1955 conversaciones en Belgrado y en Brioni. Durante las conversaciones, que han transcurrido en un espíritu de amistad y de comprensión mutua, se han intercambiado opiniones sobre los problemas internacionales que afectan a los intereses de la U.R.S.S. y de la R.P.F.Y. y se han examinado en todos los aspectos las cuestiones tocantes a las relaciones políticas, económicas y culturales entre ambos países.

I

El punto de partida de las conversaciones ha sido el recíproco deseo de ambos Gobiernos de que en interés de la solución pacífica de las cuestiones internacionales y del reforzamiento de la coopera-

ción entre pueblos y Estados se emplee el método de las negociaciones.

Los pueblos de ambos países y sus fuerzas armadas desarrollaron especialmente su amistad y su colaboración de combate en los años de la guerra que, conjuntamente con los demás pueblos amantes de la libertad, sostuvieron contra los invasores fascistas.

Ambos Gobiernos han convenido en tomar ulteriores medidas para la normalización de sus relaciones y el desarrollo de la cooperación entre ambos países, seguros de que esto corresponde a los intereses de los pueblos de ambos países y constituye una aportación al alivio de la tirantez, así como a la consolidación de la paz mundial. En el curso de las conversaciones se ha puesto de relieve el sincero anhelo de los Gobiernos de ambos países de seguir desarrollando una múltiple colaboración entre la U.R.S.S. y la R.P.F.Y., lo que se halla en plena consonancia con los intereses de ambos países y con los intereses de la paz y del socialismo, y para lo cual existen condiciones objetivas en la actualidad.

En el examen de la cuestiones que han sido objeto de las conversaciones, y con el fin de robustecer la confianza y la colaboración entre los pueblos, ambos Gobiernos parten de los principios siguientes:

indivisibilidad de la paz, única base posible de la seguridad colectiva;

respeto a la soberanía, a la independencia, a la integridad territorial y a la igualdad de derechos entre los Estados en sus mutuas relaciones y en las relaciones con otros Estados;

reconocimiento y desarrollo de la coexistencia pacífica entre los pueblos independientemente de las diferencias ideológicas y de las diferencias en la estructura social, lo que presupone la cooperación de todos los Estados en la esfera de las relaciones internacionales, en general, y en la de las relaciones económicas y culturales, en particular;

respeto mutuo y no ingerencia en los asuntos internos por ninguna causa — de carácter económico, político o ideológico —, por cuanto las cuestiones de organización interna, las diferencias de los sistemas sociales y las diferencias de las formas concretas de desarrollo del socialismo son asunto privativo de los pueblos de cada país;

fomento de la cooperación económica bilateral e internacional y eliminación de todos aquellos factores en las relaciones económicas, que dificultan el intercambio de mercancías y frenan el desarrollo de las fuerzas productivas en el mundo y en el marco de la economía nacional;

prestación de ayuda a través de los correspondientes organismos de la O.N.U., así como por medio de otras formas que se hallen en

concordancia con los principios de la O.N.U., tanto a la economía nacional como a las zonas económicamente atrasadas, en interés de los pueblos de esas zonas y en bien del desarrollo de la economía mundial;

cese de todas las formas de propaganda y desinformación y de otras acciones que siembren desconfianza y que dificulten de uno u otro modo la creación de un clima de constructiva cooperación internacional y de coexistencia pacífica entre los pueblos;

repudio de toda agresión y de todo intento de implantar el dominio político y económico sobre otros países;

reconocimiento de que la política de bloques militares intensifica la tirantez internacional, socava la confianza entre los pueblos y aumenta el peligro de guerra.

II

Ambos Gobiernos parten en su política de los principios expuestos en la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y están de acuerdo en que es menester proseguir los esfuerzos para vigorizar el papel y el prestigio de la O.N.U., lo que tendría su especial confirmación en el acto de facilitar a la República Popular China su legítimo puesto en la O.N.U. También tendría importancia la admisión en esta organización de todos los demás Estados que reúnen los requisitos establecidos en la Carta de la O.N.U.

Ambos Gobiernos coinciden en que todos los pueblos deben hacer nuevos esfuerzos para lograr resultados y acuerdos positivos en las negociaciones sobre problemas de la paz mundial tan esenciales como la reducción y limitación de los armamentos y la prohibición de las armas atómicas, la creación de la seguridad colectiva general, incluida la de un sistema de seguridad colectiva de Europa, basado en un Tratado, y el problema del empleo de la energía atómica para fines pacíficos.

Como resultado de tales esfuerzos se crearía un ambiente que permitiría, al mismo tiempo, resolver por cauces pacíficos otros primordiales problemas internacionales palpitantes, como la solución coordinada de la cuestión alemana sobre bases democráticas y en consonancia con los deseos e intereses del pueblo alemán, así como con los de la seguridad general, y la satisfacción de los legítimos derechos de la República Popular China respecto a Taiwán.

Ambos Gobiernos saludan los resultados de la Conferencia de Bandung como un considerable aporte a la idea de la cooperación internacional, como un apoyo a los esfuerzos de los pueblos de Asia y de Africa por afianzar su independencia política y económica, y estiman que todo esto favorece el robustecimiento de la paz mundial.

Se ha consagrado plena atención al análisis de las relaciones entre los dos países hasta la fecha y a las perspectivas de su ulterior desarrollo. Tomando en consideración que en los últimos años tuvo lugar una alteración considerable en las mutuas relaciones, lo que causó perjuicio tanto a ambas partes interesadas como a la cooperación internacional, los Gobiernos de la U.R.S.S. y de la R.P.F.Y., expresando su decisión de fomentar sus relaciones venideras en un espíritu de amistosa colaboración, y apoyándose en los principios expuestos en la Declaración, han convenido en lo siguiente:

1. Que tomarán todas las medidas necesarias para dejar sentada una situación normal pactada, sobre cuya base regularán y asegurarán el desarrollo normal de las relaciones con el fin de ampliar la colaboración entre los dos países en todos los aspectos en los que están interesados ambos Gobiernos.

2. Que es necesario reforzar los vínculos económicos y ampliar la cooperación económica entre los dos países.

Para ello, ambos Gobiernos han acordado adoptar las medidas necesarias que liquiden las consecuencias producidas en las relaciones económicas entre los dos países por la alteración de la situación normal pactada.

Han convenido también en iniciar la concertación de los indispensables tratados, que regularán y propiciarán el desarrollo de las relaciones económicas en el antedicho sentido.

3. Al objeto de fomentar las relaciones culturales, ambos Gobiernos se han mostrado dispuestos a concluir un convenio de cooperación cultural.

4. Concediendo gran importancia a la información de la opinión pública para el desarrollo de la colaboración amistosa entre los pueblos y en su deseo de que la opinión pública esté puntual y objetivamente informada, ambos Gobiernos han coincidido en que es necesario concertar un convenio sobre el servicio de información, en el espíritu de las decisiones de la O.N.U. y sobre la base de la reciprocidad desde el punto de vista de la situación y los privilegios de los organismos de dicho servicio en territorio de cada parte contratante.

5. Apoyando las recomendaciones de la O.N.U. acerca del desarrollo de la colaboración entre todos los países en cuanto al empleo de la energía atómica con fines pacíficos, lo que reviste sustancial interés para la consolidación de la paz y para el progreso en el

mundo entero, ambos Gobiernos han acordado establecer la mutua cooperación en esta esfera.

6. Ambos Gobiernos han convenido en tomar medidas al objeto de firmar tratados para resolver los problemas de ciudadanía o, en los casos correspondientes, de repatriación de los ciudadanos de una de las partes contratantes que se encuentren en territorio de la otra. Ambos Gobiernos convienen en que los tratados deben basarse en el respeto a los principios de humanidad, así como en los principios generalmente reconocidos de voluntariedad respecto a las personas mencionadas.

Ambos Gobiernos están asimismo de acuerdo en cuanto a la garantía de los derechos a ejercer la defensa de los ciudadanos de la otra parte en su propio territorio, comprendiendo por esto también el derecho de los ciudadanos a conservar la ciudadanía que tuviesen antes de llegar al territorio de la otra parte contratante.

7. En el espíritu de los principios pacíficos expuestos en la presente Declaración, así como en aras del mejor conocimiento y comprensión mutuos de los pueblos de sus países, ambos Gobiernos han convenido en que mantendrán y facilitarán la colaboración entre las organizaciones sociales de ambos países a través del establecimiento de contacto, del intercambio de experiencias socialistas y del libre intercambio de opiniones.

8. Ambos Gobiernos han acordado poner a contribución los máximos esfuerzos para realizar las tareas y las decisiones de la presente Declaración, en interés del sucesivo desarrollo de las relaciones entre los dos países y en bien del fomento de la cooperación internacional y del fortalecimiento de la paz en el mundo entero.

**Por el Gobierno de la Unión de
Repúblicas Socialistas Soviéticas,
el Presidente del Consejo
de Ministros de la U.R.S.S.**

N.A. BULGANIN

**Por el Gobierno de la Repú-
blica Popular Federativa de Yu-
goslavia, el Presidente de la
R.P.F.Y.**

I. BROZ-TITO

Belgrado,

2 de junio de 1955

MINISTERIO
DE CULTURA



76

N U E S T R A B A N D E R A

ano : 1956

num. 15



MINISTERIO
DE CULTURA

